

The background of the book cover is a deep red color with a cracked, textured appearance, resembling parched earth. Scattered across this background are numerous small, bright yellow daisy-like flowers. A black rectangular box is centered horizontally, containing the title and subtitle in white and yellow text.

REPENSAR LA PANDEMIA

CONTRA EL MIEDO · LA ESPERANZA

EDICIONES UNITIERRA

REPENSAR LA PANDEMIA

CONTRA EL MIEDO · LA ESPERANZA

Universidad de la Tierra Oaxaca
Noviembre, 2020

Compilación y edición: **Gustavo Esteva,**
Alberto Elías González Gómez, Azael Rangel López,
Andrea González Fernández

EDICIONES UNITIERRA

 unitierraoax.org

 Unitierra de Oaxaca

 @UnitierraOaxaca

 contactounitierra@gmail.com

   **Licencia de Producción de Pares**

Esta publicación o algunas secciones de ella pueden ser utilizadas por otros de manera gratuita, siempre y cuando se proporcione una referencia apropiada de la publicación original.



Rosa Luxemburg Stiftung

Oficina regional para México, Centroamérica y el Caribe

rosalux.org.mx

Esta publicación es financiada con recursos de la RLS con fondos del BMZ (Ministerio Federal para la Cooperación y el Desarrollo Económico de la República Federal de Alemania). El contenido de la publicación es responsabilidad exclusiva de la Universidad de la Tierra Oaxaca, Centro de Encuentros y Diálogos Interculturales, A. C. y no refleja necesariamente la postura de RLS.

Publicación de distribución gratuita, prohibida su venta.

LOS PRIMEROS NÚMEROS DE LA SERIE:

1. *Mirar con nuestros ojos*, Alfonso Morales Toledo, Elías A. González Gómez, Azael Rangel López, Itzel Farías Malagón, Alfredo Agudo, Matthias Gossner, Wendy M. López Juárez.
2. *Iván Illich y la pandemia*, David Cayley, Sajay Samuel, Gustavo Esteva.
3. *Repensar la pandemia*, participantes en el conversatorio.

ÍNDICE

2 PRESENTACIÓN

5 PRIMERA PARTE: REPENSAR LA PANDEMIA

- 5 Los daños de la medicina a la salud
- 7 La industria de la salud
- 9 La naturaleza del predicamento
- 9 Ignorancia científica y disparates políticos
- 14 El caso de los ancianos y otros grupos
- 14 Las otras pandemias: la chatarra
- 15 La contraproductividad paradójica
- 17 ¿Crisis de salud?
- 19 Subsistemas de los sistemas
- 22 Autoritarismo
- 26 Distanciamiento y división
- 28 La pandemia del miedo
- 34 Incertidumbre y miedo a vivir
- 35 Contra la política del miedo, la construcción de la esperanza
- 37 Recuperar el sentido, los sentidos
- 41 Hacer comunidad y construir en lo local
- 46 Cuidado colectivo
- 49 Desobedecer
- 53 Sanar
- 59 El arte de sufrir y de morir
- 63 La nueva normalidad
- 66 El virus que llegó para quedarse
- 69 Nuevas narrativas

73 SEGUNDA PARTE: MÁS ALLÁ DE LA PANDEMIA

73 Más allá de las creencias dominantes

74 Sanar de la salud

74 Habitar de nuevo nuestro cuerpo

75 Escapar de la ilusión electrónica

76 Las falsas alternativas

76 Más allá del trabajo

77 Más allá del individuo

78 Más allá de la necesidad

79 Regresar al mundo real...

79 ...y reinventarlo

81 TERCERA PARTE: TRANSITAR LA REALIDAD

90 Apéndice 1: Lecturas

96 Apéndice 2: Participantes

SERIE CONTRA EL MIEDO LA ESPERANZA

El mundo que teníamos ya no está ahí. Hemos entrado en una era de incertidumbre radical: no sabemos cómo será el mundo que ha de venir. El virus derramó el vaso de una crisis profunda que, en medio de un colapso climático y sociopolítico, se expresó en intensas movilizaciones populares en 2019. Desde Maquiavelo, el miedo se considera la más eficaz de las herramientas de gobierno. A él han estado recurriendo las élites en todo el mundo. Ediciones Unitierra comparte, en esta serie, historias y reflexiones sobre la manera en que, desde abajo, contra la política del miedo se construye esperanza.

Presentación

Se ha vuelto indispensable repensar la pandemia. No es solo por la masiva desinformación que se ha propalado durante meses. Es porque se sigue tomando un conjunto de decisiones insensatas colgados de la “verdad científica” en que supuestamente se basan.

Pandemia quiere decir “todo el pueblo”; es una extensión torpe del término “epidemia” que ya de por sí era equívoco. El hecho es que, hasta ahora, nueve meses después de haber aparecido la pandemia, esa “ciencia” no ha podido siquiera caracterizar con precisión la enfermedad que se atribuye al virus y mucho menos proponer fórmulas confiables de prevención y tratamiento.

El juego de cifras es obsceno. Las muertes atribuidas al virus —alrededor de un millón en el mundo a finales de septiembre— son aún inferiores a las que ocurren cada año por accidentes de tránsito o a las causadas por enfermedades virales debidas a la falta de acceso al agua potable que padecen millones de personas.

En Unitierra nos pusimos a repensar el asunto. Semanas después nos pareció importante escuchar otras voces y abrimos un conversatorio, primero semanal y luego quincenal. La reflexión se enriqueció mucho porque, por fortuna, participaron personas muy diversas, de edades que van de los 20 años a más de 80, distribuidas proporcionalmente por géneros, de las más distintas profesiones o vocaciones y de varios países.

Nos fue muy útil, en el punto de partida, leer un texto de David Cayley que parte de las ideas de Iván Illich para desafiar las actitudes dominantes sobre el tema. Cayley ha dedicado varias décadas al estudio de Illich, publicó dos libros de sus conversaciones con él y es, sin duda, buen guía para explorar su

pensamiento a pesar de sus sesgos. Publicamos su texto junto con otros dos relacionados con él, que leímos en nuestro conversatorio, como Iván Illich y la pandemia. En el camino fuimos agregando otras lecturas e hicimos algunas exploraciones bibliográficas. La lista puede verse en el apéndice 1.

Con esas lecturas en común, fue una conversación libre y abierta que no se constreñía a ellas. En este libro presentamos una compilación de lo que ahí pasó.

La primera parte, la más extensa, es una selección apenas editada de fragmentos de nuestras conversaciones. No es un texto colectivo ni una relatoría, por lo que carece de la coherencia y orden de lo escrito por una persona o un grupo. Recoge lo que platicamos durante los primeros meses de conversación, cuando transcribíamos todo lo que decíamos. No se trata de resúmenes, aunque hicimos cierta clasificación de las intervenciones. La repetición es inevitable, pero quisimos dejar los matices que expresaban de diversa manera los mismos argumentos. Mantuvimos la primera persona del singular o del plural, y el masculino y el femenino, tal como se emplearon, sin mencionar el nombre de quien intervino. Si bien se trata de una reflexión colectiva, sus matices y colores personales definen realmente su contenido.

La segunda parte corresponde al periodo en que dejamos de hacer transcripciones de las sesiones y preparamos relatorías. Las intervenciones intentaban ir más allá de la pandemia; esta sección, mucho más pequeña, puede verse como una simple agenda de los temas sobre los cuales queremos seguir reflexionando. Se basó en párrafos tomados de las relatorías, los cuales pueden servir de puente hacia lo que sigue.

La tercera parte recoge la discusión y la propuesta, al final del ciclo de conversaciones, para sustituirlo por un círculo de estudio, en el cual este trataremos de reflexionar sobre las maneras

de “Transitar la realidad”. Nos reunimos quincenalmente, a partir del 28 de septiembre. Las y los lectores interesados pueden contactarnos para participar en él a contactounitierra@gmail.com

En Unitierra cada miércoles, a las 4:00 de la tarde, desde hace 20 años, realizamos nuestro conversatorio “Caminos de la autonomía bajo la tormenta”. La conversa es para nosotros una forma de saber (producción de conocimiento, reflexión en la acción) y de hacer (intercambio de experiencias), que genera lo que deseamos que sea nuestra definición: saber hacer... y hacerlo en la lucha, como se hizo también este conversatorio. Ediciones Unitierra, octubre de 2020

PRIMERA PARTE

REPENSAR LA PANDEMIA

Los daños de la medicina a la salud

La medicina institucionalizada ha llegado a ser una grave amenaza para la salud. El impacto del control profesional sobre la medicina, que inhabilita a la gente, ha alcanzado las proporciones de una epidemia. Iatrogénesis, el nombre de esta nueva plaga, viene de iatros, el término griego para “médico”, y de génesis, que significa “origen”.

Estas frases de Iván Illich, con las que empieza su libro *Némesis médica*, produjeron gran escándalo cuando lo publicó en 1976, pero fue imposible refutarlo. Empezaban a ser experiencia común las consecuencias dañinas del ejercicio profesional de la medicina y su efecto inhabilitante en las personas. Doce años después, Illich escribió un comentario a su libro en el cual profundizó su crítica. Señaló que no bastaba considerar los impactos negativos del sistema de salud y de la profesión médica ni de cómo producen enfermedades. Era preciso ir más allá de la noción dominante de salud y tomar clara conciencia de cómo hemos sido construidas y contruidos desde la propia medicina, la manera en que configura y moldea nuestros cuerpos.

La pandemia es una manifestación espectacular del fracaso de los sistemas de salud. Es también un pretexto para atemorizar a la gente. Es una idea que envenena los modos de comportamiento de la sociedad y les hace un daño profundo, lo que facilita formas cada vez más autoritarias. La crisis real de la pandemia, la crisis más preocupante, es la iatrogenia que ha logrado generar en el imaginario social, la cual nos lleva a estar bloqueados, a ser incapaces de distinguir lo que es la salud y el cuidado del cuerpo. El discurso oficial atravesó fronteras e in-

terrumpió procesos muy fuertes de resistencia social y política que en 2019 ya se extendían por el planeta.

La iatrogenesis clínica es una experiencia común desde hace décadas, pero ahora se ha hecho evidente por completo. Están a la vista las consecuencias negativas de la manera en que han estado operando el servicio médico y el sistema de salud. La pandemia también ha hecho patente la iatrogenia social, la medicalización de la vida cotidiana, y la iatrogenia cultural, la destrucción del arte de morir y sufrir. Ha puesto de manifiesto, igualmente, la ignorancia e impotencia del sistema de salud.

Al reflexionar sobre las iatrogenesis que describe Illich, hemos de preguntarnos si no estaríamos ahora ante una nueva forma de iatrogenesis, la virtual, por la forma en que las pantallas electrónicas que nos acosan profundizan la fragmentación de las personas y las transforman en un nuevo tipo de seres, algo que Illich anticipó al referirse al fin de la era de las herramientas para dar paso a la era de los sistemas, cuando advirtió que se nos estaba convirtiendo en subsistemas de esos sistemas.

El proceso que aumentó progresivamente el control de la medicina y los médicos sobre nuestras vidas empezó hace mucho tiempo. Illich nos permite recorrerlo con precisión. El texto de Cayley agrega a las fases ya conocidas de ese proceso la idea del sentimentalismo epistémico.

Las noticias cotidianas sobre la extensión de la pandemia, una contabilidad de cadáveres que en el pasado solo se realizaba durante las guerras, así como otros muchos dispositivos, han estado configurando actitudes que dejan en manos de las instituciones de salud las normas de comportamiento en todas las esferas de la vida cotidiana y generan gran ansiedad, cuando no angustia, además de sofocar nuestra imaginación y creatividad. Illich nos permite recobrar la serenidad al aportar puntos

de anclaje a la realidad. Pensar sobre sus conceptos no busca solamente lograr una mejor comprensión de lo que ahora ocurre. Buscamos darles sentido y aprender a sentipensarlos para caminar de otro modo con ellos por la realidad que esos conceptos iluminan.

La idea de la iatrogenesis clínica ha dejado de producir sorpresa. En 1997 una estadística norteamericana mostró que los médicos y hospitales habían causado más problemas médicos que los que habían resuelto. Esta era ya una experiencia general, pero Illich ponía mucho énfasis en la iatrogenesis social: nuestra vida estaba siendo configurada con criterios médicos, e insistía aún más en la cultural, la destrucción del arte de sufrir y morir. Hoy, en el chat, mi sobrina contó cómo hace tres años ella y mi cuñada rescataron a mi hermano del hospital. Así pudo recuperar en su cama el arte de sufrir y morir con dignidad.

Repensar la pandemia puede significar, sobre todo, reaprender el arte de vivir, ahora afectado por la mentalidad médica dominante.

La industria de la salud

La medicina que nos enferma incluye, ante todo, a la industria farmacéutica, que con la pandemia ha estado controlando el discurso mundial en lo relacionado con la salud. Este negocio, causante de diversos daños cotidianos, es el más lucrativo del mundo; este año venderá más de un millón de millones de dólares, cifra que apenas podemos imaginar. Todos los días contribuimos a engrosar sus utilidades al comprarles lo que producen. Una de las medicinas más vendidas en el mundo, de las más lucrativas, es Almetec, que se receta contra la presión arterial alta. Hay multitud de estudios que demuestran cómo nos afecta. Es un bloqueador que baja inmediatamente la presión. La gente se asombra ante el rápido alivio y es posible que nunca

perciba el inmenso daño que le produce la adicción a ese medicamento, cuyos efectos colaterales son muy perjudiciales. Hay muchísimos remedios naturales para la presión arterial alta, pero seguimos engordando a la industria del millón de millones de dólares. En muchos países, por ejemplo, los seguros públicos y privados no van a pagar ya tratamientos homeopáticos, a pesar de que se ha demostrado su eficacia.

Yo soy médica. Leí *Némesis médica* y *Doce años después de Némesis médica*, y tengo muchas emociones encontradas. En el 2001 se hizo un estudio en el cual se identificaban los espacios y puntos donde emergerían las próximas enfermedades. Se trata de más o menos 680 000 virus que tienen la posibilidad de saltar de animales a humanos. Por eso crearon un programa gigantesco para investigar a los animales del trópico, porque ahí están los lugares de donde emergerán las nuevas enfermedades. Este virus es una enfermedad emergente. ¿Qué dice al respecto el norte global, que hizo el estudio, en términos científicos? Pues que ellos tenían razón, que hace 20 años predijeron esta evolución y que, por lo tanto, tenían que intervenir en el sur global.

Empiezo con esto porque está muy relacionado con lo que Illich dice de por qué la medicina y la ciencia médica son, ciertamente, un medio de justificación para intervenir en el sur global, para seguir explotándonos. No es una ciencia que nos proteja, porque ellos vienen a hacer estudios en nuestros animales, pero nos dejan con los mismos sistemas, los mismos problemas. Quieren una vacuna que los proteja a ellos, de tal modo que estas pandemias no alcancen el norte global; es decir, la preocupación no es el sur global. Es esto lo que dice Illich, y el peligro que yo veo en la ciencia médica es esta capacidad de justificar la explotación de nosotros, de los pueblos del sur.

La naturaleza del predicamento

Ignorancia científica y disparates políticos

Permítanme decir una barbaridad. He leído más de mil artículos sobre el coronavirus de las más diversas fuentes. He estado analizando todo tipo de informaciones. Al final de esas lecturas me atrevo a sostener que la crisis en la que estamos no es un problema médico o sanitario y que la ciencia con la que se está empacando todo lo que ocurre sabe poquísimos de lo que está diciendo. Quizá nunca sabremos de qué murieron las personas que se están cargando en la cuenta del coronavirus. Realmente, la llamada “ciencia médica” no sabe de lo que está hablando.

Hay una ignorancia verdaderamente abrumadora sobre los virus, lo que se puede hacer con ellos, y lo que está pasando con este virus en particular. Cuando hagamos un estudio, aunque quizá nunca lo logremos en los términos que hace falta, veremos que la propuesta de salvar vidas está causando exactamente lo contrario. Muchas vidas se están perdiendo —con cualquier definición de vida que queramos usar— debido a lo que se está haciendo.

Ante todo, es un disparate gigantesco y racista haber imitado un aspecto de la decisión del gobierno chino y nada de los otros aspectos. La decisión china se tomó en condiciones muy especiales: una tradición milenaria de disciplina del pueblo chino y un gobierno extraordinariamente autoritario. No fue nada más el confinamiento, sino también organizarlo y atender sus efectos, parar la economía y, al mismo tiempo, de garantizar la supervivencia y la atención médica de los 1 300 millones de chinos.

China es un país bajo estricto control gubernamental, pavorosamente autoritario, y los chinos son un pueblo enormemente disciplinado. En el resto del mundo se imitó el confinamiento impuesto por los chinos, pero no lo demás —lo que era en reali-

dad imposible en casi todos los países—. Se creó así un dispositivo ineficiente que no cumple sus propósitos y es muy racista.

¿Es realmente la pandemia lo que se dice que es? ¿Cómo saber cuál es la amenaza real? Creo que estas dos preguntas son en el fondo una sola. Preguntar por la realidad de algo, por su consistencia, su sustancia, es un nivel de discurso diferente al de los discursos científicos y políticos. Hay en juego dos sentidos o significados de lo real. Uno, lo real como un conjunto de hechos “objetivos” y “científicos” de los que no tenemos noticia precisa ni objetiva, como señala el texto de Iván Illich, pues hay muy poca científicidad en la propia ciencia, en su manejo de los números. Y, por otro lado, está el sentido real que yo quisiera vincular, sin meterme en problemas, con la idea de realidad en el psicoanálisis. Por ejemplo, en un sueño tenemos un contenido manifiesto y uno latente. Podríamos poner ese contenido manifiesto en la amenaza del biovirus, del virus en sí mismo, como lo que realmente ataca al cuerpo, a la carne, y en el nivel latente estarían esas amenazas a las libertades y las políticas que se aplican, que no sabemos siquiera si son paliativos o si realmente sirven de algo. Parece que ayudan a prevenir el contagio, pero no sabemos de situaciones contrarias.

Quiero decir que es muy llamativa también, no solo la ignorancia de los “entendidos”, o las contradicciones entre ellos, sino el hecho de que en casi todos los países, si no es que en todos, se han enfocado al tratamiento del enfermo y la prevención mediante el “no contagio”, la distancia y todo esto. Pero no se ha hablado de prevención en el sentido de cómo cuidar mi propia inmunidad. O, mejor todavía, ante la presencia de un virus aparentemente muy peligroso, ¿cómo fortalecer mi inmunidad?, ¿cómo ayudar a la gente que me rodea a mejorar su inmunidad? En la situación que vivimos, eso recae directamente en lo comunitario y, a diferencia de las medidas de distanciamiento, tapabocas y todo eso, no debería ser algo que nos separe, sino que plantee la necesidad de unirnos y ayudarnos para fortalecer nuestra inmunidad.

La inmunidad no tiene que ver solamente con lo físico. Evidentemente, los sistemas sanitarios podrían haber hecho propuestas útiles, podrían haber dicho masivamente a la población “tomen tales cosas para fortalecerse”; hay sustancias que se sabe que ayudan en este caso. En Cuba, por ejemplo, se administra de manera preventiva a los enfermos, y también a los que lo desean, una combinación de sustancias homeopáticas en alta dilución que se sabe que es muy buena y puede ayudar a fortalecerlos, pero la inmunidad va más lejos, tiene que ver con lo espiritual y lo psíquico —si quieren llamarlo así—, lo intangible que nos une y donde estamos siempre. Inmunidad tiene que ver con que yo me sienta bien en la vida, centrado, seguro, sin miedo, sobre todo.

Quisiera enfocarme en el texto de la entrevista con Agamben sobre la cuestión del hacer, de aprender a cómo dar salud. Le preguntan por qué no tenemos respuestas claras ante la pandemia, y dice que los científicos tampoco han ofrecido un bello espectáculo, pareciera que no están a la altura para dar las soluciones que se esperaban de su parte. Para mí no es que no estén a la altura, creo que la práctica y la forma de compartir saberes no les alcanza para atender estas situaciones en la realidad. Los hospitales responden más a cuestiones de administración de un “negocio” de empresas capitalistas que al ejercicio de la práctica médica con ética; dicen que la medicina es homogénea, que se puede aplicar a todos los cuerpos, pero este es el argumento de la ciencia médica en que se enseña a dar salud en las universidades, desplazando los saberes tradicionales y las otras formas de curarnos, de sanarnos. Creo que hay que reflexionar también sobre estas cosas del hacer, cómo actuamos frente a algo que nos está debilitando, no solo corporalmente, sino social y anímicamente.

Me gustaría retomar uno de los comentarios del chat sobre situaciones que han pasado, por ejemplo, en Tanzania y Madagascar. En Madagascar, el presidente desconoció a la Organi-

zación Mundial de la Salud (OMS), llamó a los demás países africanos a que hicieran lo mismo e hizo público que hay un medicamento que recurre a la medicina ancestral y es capaz de curar el covid en 10 días. La OMS dudó de su eficacia y el presidente cuestionó varios aspectos, uno de ellos era la cuestión de la colonialidad del saber. Decía: ¿qué pasaría si esa medicina no hubiera sido descubierta en Madagascar y África, si hubiera sido descubierta en Europa? ¿La OMS habría tenido esas dudas y escepticismo respecto al medicamento?

Por otra parte, Tanzania envió muestras para comprobar la eficacia de las pruebas de covid. Resultó que salieron positivas la de una papaya y la de una cabra. Con estos ejemplos quiero retomar la cuestión de la incertidumbre. El confinamiento se ha dado porque los gobiernos no saben qué hacer y la estadística demográfica no da certidumbre respecto a lo que está pasando. Nuestra obediencia la concedemos a médicos y autoridades cuyo desconocimiento es enorme. Sería preocupante seguir aferrándonos a esas órdenes de parte de los expertos y que están fundadas en el desconcierto y la desinformación.

Uno de los rasgos que predominan en este momento es la inmensa confusión, la gran falta de información. A estas alturas no podemos confiar en las estadísticas ni en las pruebas y versiones que se dan. Hay dos puntos que me preocupan: uno es que podemos saber que se trata de un peligro real y grave. Otro, que hemos estado diciendo, una y otra vez a lo largo de cinco meses —y sigue siendo válido—, que la mayoría de las personas contagiadas no se entera del contagio porque no tiene ningún síntoma, y que otra parte se recupera, la gran mayoría. Las cifras de muertos no son tan altas si se comparan con otro tipo de enfermedades y con otras causas de muerte, pero lo que sin duda sabemos a estas alturas —cinco meses después— es que sí es grave y que no respeta grupos de edad. Aunque al principio se dijo que los niños no se contagiaban,

que no había peligro para los jóvenes ni para la gente en buenas condiciones de salud, y que el riesgo era para la gente de edad avanzada, este hecho se ha ido democratizando. El virus del covid básicamente no respeta grupos de edad y no tenemos ni siquiera una caracterización con razonable precisión de la enfermedad. ¿Cuál es exactamente la enfermedad? A unas personas les da de una manera; a otras, de otra, con diversos tipos de condiciones. Por un lado, debemos reconocer que el peligro es real; por otro, la amenaza que parece incluso más fuerte y que lleva la gravedad al extremo es el de las reacciones de los gobiernos en pánico. En parte es por la ignorancia, porque, a estas alturas, no saben lo que tienen enfrente, mucho menos las maneras adecuadas de enfrentarlo. Cada vez hay más dudas, por ejemplo, sobre si el confinamiento es la fórmula eficaz y si fue sensato ordenarlo. Hay una serie de análisis y mecanismos que lo cuestionan. Podemos pensar que los gobiernos están en pánico por las movilizaciones que hubo en 2019. Finalmente, se dan cuenta de que no se apagaron y que están dando pauta a otro tipo de respuestas de la gente con distintas manifestaciones. No es que las personas salgan a la calle a marchar y se preparen a resistir y enfrentar, pero hay señales claras de que están alertas y decididas a reaccionar. Por eso debemos tomar en cuenta que hay pocas cosas más peligrosas, según enseña la historia, que un gobierno en pánico, porque es capaz de cualquier disparate y de hacer mucho daño.

Buena parte de los disparates que se han mencionado hoy —algunos verdaderamente escandalosos— son producto del pánico. No saben qué demonios hacer y la reacción de los gobiernos es la habitual de la sociedad de control, y eso los hace excepcionalmente peligrosos. Lo que subrayo es que nuestra reflexión debe tomar en serio el asunto y asumir que estamos frente a un doble riesgo, uno que corresponde al contagio de algo que puede ser muy grave y otro que incumbe a reacciones de una oleada autoritaria esencialmente peligrosa.

El caso de los ancianos y otros grupos

Cuando se nos informa que en una ciudad italiana murió la mitad de los 450 ancianos de un asilo, lo que nos dicen no es que se trata de un virus letal, un virus agresivo que está matando a las personas ancianas, sino que en ese lugar en particular estaban abandonadas desde hace tiempo, en pésimas condiciones, y entonces nos encontramos con que eso no pasa solamente en ese lugar de Italia.

Lo que el virus nos revela sobre lo que está pasando con las personas ancianas es nuestra hipocresía, porque desde hace muchos años estuvieron —en casi todas partes, pero en particular en el primer mundo— desechándolas, mandándolas a una especie de antesala del cementerio, pues aunque estuvieran llenas de aluminio y parecieran jaulas de oro, resultaban un infierno. Ahí las teníamos confinadas, las habíamos convertido en personas desechables, y se estaba haciendo en todas partes.

Eso evidencia cómo las hemos tratado, cómo las tratamos en esta sociedad, ¿cuáles son las condiciones de sus enfermedades crónicas totalmente desatendidas?

Las otras pandemias: las chatarras

Y si estamos concentrados en un virus, este virus letal que preocupa a todos, que hace que se encierren y se distancien de los demás, podemos pensar de inmediato en otros factores, otros fenómenos que también podríamos llamar pandemias, sobre los que tenemos pruebas del enorme número de muertes que causan. No es ninguna exageración decir que existen pruebas abundantes de que el consumo de refrescos de cola, de pan de caja y otros alimentos chatarra es una causa directa de la muerte de millones de personas todos los años, ya que producen enferme-

dades y debilidades de todo género. Como dice Agamben, lo que hoy padecemos es básicamente un ejercicio, un experimento de la sociedad de control, un anticipo de lo que se quiere hacer con nosotrxs para tenernos bajo control, aprovechando que se logró crear una población mayoritariamente sumisa y obediente.

En los distintos países donde se están contando las muertes como para boletines de guerra, no se habla de las otras dimensiones de la salud, como la nutrición. Hay empresas que parecen dedicarse a la alimentación, pero que, en realidad, se consagran a enfermarnos, como Monsanto. Ante esto los gobiernos no hacen nada. Hay muchos problemas de los que no se habla, como el de la relación entre tecnología, militarismo y fascismo; o el desplazamiento de los saberes, cómo algunos se vuelven más importantes y otros no se toman en cuenta. Por otro lado, está el afán de limitar la interacción humana: se instaura el miedo al contagio y la noción o creencia de que el peligro son los demás.

La contraproductividad paradójica

Otro punto de reflexión es que debemos pensar en las víctimas de la pandemia, pero no del virus, sino en lo que ha causado este conjunto de disposiciones. Hay muertos porque no fueron atendidos con oportunidad, que tenían operaciones programadas y se cancelaron para concentrar un sistema de salud quebrado en la atención a los pacientes de coronavirus. Hay que pensar en el conjunto de víctimas que se están produciendo en este momento.

Creo que lo que hacen las instituciones es capturar nuestra imaginación, nuestro pensamiento y nuestra capacidad de crear estrategias, porque las delegamos en ellas, creyendo que las personas que están en esas instituciones son las únicas que tienen la sabiduría y la conciencia, los conocimientos y las capacidades operativas para ayudar a todos y todas. Con esa actitud,

dejamos de pensar, de crear, y nos volvemos dependientes de lo que ellos nos digan. Es lo que estoy viendo en estos momentos. Muchas personas sintonizan todo el tiempo los canales gubernamentales que, supuestamente, nos darán la herramienta, porque tienen la verdad, pero creo que es evidente que ellos tampoco entienden lo que está pasando, pero simulan que sí.

Yo creo que lo que han hecho las instituciones es borrar la sabiduría colectiva, la intuición que tenemos para generar lo que necesitamos, las estrategias que requerimos. En ese sentido, Illich nos da un horizonte que permite reflexionar sobre lo que está pasando, lo que queremos, lo que no queremos y lo que podemos hacer.

El concepto de contraproductividad paradójica que aporta es muy esclarecedor para mí, porque refleja lo que está pasando en este momento: las instituciones no sirven para lo que dicen servir. A lo que nos convoca es a analizar si los hospitales, el sistema médico, la institución de salud, nos están dando los elementos y las herramientas que necesitamos para salir de la emergencia. Me atrevería a decir que no.

Resulta también que tanto el cáncer como la hipertensión, la diabetes y otras enfermedades, se juntan de manera amplia y estadística con la edad. Todo apunta a que son las personas mayores las que no estarían en posibilidad de ser seleccionadas para recibir tratamiento en caso crítico, específicamente con los respiradores. Me parece que, según la bioética, habría que poner atención a los valores en los que están anclados esos criterios. También manejan el principio de escasez, porque hay pocas herramientas médicas para atender la pandemia, y en esto Illich nos ayuda a entender que, justamente, es el monopolio radical de la medicina, lo que está detrás de que haya servicios insuficientes para tanta demanda.

Hay al menos dos formas de responder a esa bioética que es biopolítica, necropolítica y ecofascista, y que cimenta la antesa-

la de lo que podrían ser diversos totalitarismos. Estas respuestas se dan en el plano individual: una sería, en caso de una situación crítica, la renuncia voluntaria a recursos médicos cuando estos sean escasos, y la otra establecer los criterios para discutir a quién se elige para ser tratado, no solo entre los mayores sino para todo el mundo. ¿Quién define cuándo termina la vida? ¿La edad, las enfermedades, la ciencia? ¿Quién se supone que tiene que renunciar y cuándo?

¿Crisis de salud?

Está también la cuestión —como decía Justin Trudeau, primer ministro de Canadá— de si estamos frente a la peor crisis de salud de la historia. Claramente no va por allí. Podemos ver que hay cuestiones mucho más graves: el número de muertes por covid-19 en tres meses es muy inferior al de decesos de niños por desnutrición. Parecen estar fundamentando miedos y no tanto convocándonos a organizarnos y cuidarnos.

Algo sobre lo que también hemos estado reflexionando en Unitierra —y que aparece en el propio Illich—, es que nos hemos dado cuenta de qué tan dependientes éramos o no de las instituciones, de cómo inmediatamente, ante una crisis de salud, el mayor miedo es a que se sobrepase su capacidad, sin tomar en cuenta nuestras propias habilidades organizativas y corporales para sanarnos. Estamos siempre volteando hacia arriba para que alguien nos solucione los problemas y obedecer las pautas que nos van marcando.

Quisiera retomar lo que algunas de las compañeras han compartido. Creo que es importante tocar el tema de la mortalidad. Esta no es la fiebre española ni la peste negra y no acabará con la humanidad. La mortalidad provocada por el coronavirus seguramente no va a acabar con nosotros. El gran problema es que se colapsan el sistema de salud, los hospitales, los médicos

y las formas tradicionales de atender. Es un sistema bastante hegemónico, excluyente y que no da entrada a otras formas de sanar. La pandemia habla de la fragilidad de los sistemas de salud mundiales.

Queda claro que los sistemas de salud en el mundo muestran que la verdadera crisis es no poder atender a la población, y en México en particular es notorio. Queda claro también el tipo de subjetivación que ejerce y produce esta información del covid-19 sobre los sujetos. Una subjetivación que constriñe, que gobierna, que construye sujetos individuales, como lo hemos visto en estas acciones sobre los hospitales y personal de salud. Nuestro sistema médico hegemónico ha visto la enfermedad solo desde el punto de vista biológico, y nos ha planteado que esta pandemia altera el orden global. Estamos en el mismo paradigma-positivista-racional, pero desde lo médico, que es causa-efecto. Hay un virus y una enfermedad.

Creo que muchos nos preguntamos qué hay detrás. Se está mostrando la crisis del modelo neoliberal con un sistema de salud que no tiene en cuenta las políticas de salud pública. La salud se volvió ganancia, inversión y se convirtió en administración de salud. Y esta situación es la manifestación de la crisis del paradigma positivista, que se ha visto en lo político, lo social y lo sanitario.

¿Cuál es el concepto de salud? Actualmente existe una dictadura del coronavirus o del covid, que al parecer define que saludable es aquella persona que no lo tiene. Me he dado cuenta también de que la salud tiene una arista social: si bien me siento sano, para mi sanidad me falta la comunión, la comunicación visual y directa con mis semejantes. La salud no es la ausencia de la dolencia física, debemos verla desde el punto de vista social y económico, porque lo económico juega un papel preponderante. Si no podemos trabajar, si no podemos mantenernos, ¿cómo es que vamos a tener salud?, ¿qué viene primero, la salud o la economía?

Subsistemas de los sistemas

Me he estado preguntando qué hacer, ya que, como médico, se entra en crisis cuando se ve que la profesión está alcahueteando un montón de cosas que explotan. Si soy médico porque creo en la humanidad, porque estoy convencido de que tiene que haber cuidadores de la vida —aunque todos lo seamos—, esta situación me pone en jaque. Digo entonces: no se debe ser médico, porque prevalece el tipo de médico que renuncia a otros saberes. Pienso que la crítica de Illich es una crítica contra el sistema. Él decía que los individuos no eran ya cuerpos, sino que los habían convertido en subsistemas de sistemas, y son subsistemas que parten de lo individual hacia lo macro. Entonces, como médico, me siento responsable del cuidado de la vida en el individuo, como lo son la matrona, el chamán o la abuela que cuida, y están también los del cuidado de la tierra. Pienso que la pandemia y la mirada de Illich nos tienen que hacer mirar de forma muy crítica el sistema, ver que nos están empujando a volver a lo individual, a lo pequeño. Habría que juntar las diferentes formas de saber para proteger la vida y lo que esta signifique —árboles, plantas, seres humanos— y reunir la medicina occidental, la indígena, la medicina de las abuelas, para juntos ser cuidadores de la vida, aunque la medicina occidental quiera ser la hegemónica y terminar con los puntos de resistencia de nosotros, los cuidadores de la vida. Cuidar desde lo que sabemos sin responder a las expectativas de la hegemonía médica, occidental, sino desde nuestros saberes.

Puede haber ciertas inserciones del trasfondo, de una nueva manipulación del imaginario colectivo para imponer esta sociedad tecnológica que, evidentemente, requiere romper más los lazos de interacción para sumirnos en las relaciones remotas.

Aquí se recurriría a Iván Illich cuando habla de la época sistémica y la manera en que se llega a pensar que los dispositivos electrónicos son extensiones de nuestro cuerpo y que, por tanto, los me-

dios de comunicación son extensiones de la realidad. Creo que tiene que ver con la mentalidad cibernética en la que estamos inmersos y que no es nueva, al menos domina desde los años noventa, con la aparición de internet, cuando nuestro pensamiento empezó a cambiar drásticamente hacia esta otra forma.

Illich hace un recuento, toca la mentalidad oral, luego la mentalidad alfabética, y finalmente la mentalidad cibernética, en la que estamos actualmente, en la que se nos hace creer que toda la información que nos exponen los medios de comunicación es la realidad. Se empezó a hablar hace tiempo de la realidad virtual. Necesitamos preguntarnos qué pasó en nuestras mentes para que dejáramos de considerar la cercanía con mi vecino, con mi barrio, como la realidad y empezáramos a considerar lo que vemos en las pantallas como una realidad. ¿Qué tuvo que pasar en nuestras mentes para que se hiciera ese cortocircuito entre lo que palpamos, olemos, vemos y podemos sentir, y aquello que vemos a través de una pantalla para que ahora lo consideremos realidad? Esto tiene que ver también con un punto que ya se tocaba y es la abstracción, la generalización y la cuestión cercana real.

Pienso en lo que hablaban sobre la contaminación mediática que crea este proceso de abstracción en nuestras cabezas, como cuando dicen “el pico máximo será este día”, y creo que este tipo de narrativa genera miedo y ansiedad y uno dice: “mejor no voy a salir y no voy a ver a nadie”, lo que provoca estrés a partir de una abstracción de algo que quizá no está en la realidad cercana; es la diferencia que se hace entre riesgo y peligro.

Lo que decía es que en la vuelta de esta crisis habrá cuestiones fácticas y lo que deseamos. Hablando de lo fáctico, los Estados y el mercado nos imponen sus agendas, y estas vienen cargadas de más tecnologías de comunicación; sanitarismo individualista con dominación y control; desconfianza en el/la otra; puja de

las grandes corporaciones para imponer un nuevo orden mundial basado en el dominio virtual de nuestras acciones de vida, hipervigilados; imposición de nuevas medicinas industriales y vacunación masiva contra este virus y lo que ya se venía aplicando, sumando más invasión con dosis para toda la vida; China, Estados Unidos, Europa...

Por otra parte, a propósito de los medios de comunicación, también retomarí­a la cuestión de saber diferenciarlos y diferenciarnos de ellos. Normalmente traemos un dispositivo pegado al cuerpo: se decía que los medios electrónicos eran extensiones de nuestro cuerpo que nos permiten cosas tan asombrosas como tener esta reunión “virtual”. Sin embargo, el peligro de no saber diferenciarlos es que dejen de ser una herramienta y se conviertan en una prótesis del cuerpo y nos inhabiliten otras capacidades que tenemos. ¿Cómo tener información de lo que está sucediendo realmente? Seguramente no será nunca por los medios de comunicación. Ni la transmisión en vivo tiene la capacidad de generar una experiencia vívida. Habría que diferenciar ese aspecto. Los medios de comunicación son transmisores, pasan por un mecanismo que no los hace ser la realidad; los medios de comunicación sustituyeron la capacidad de informarnos por nosotros mismos.

Si aceptamos el estrés y la ansiedad de que los contagios y las muertes están creciendo, seguramente vamos a vivir esa ficción que sucede a través de los medios, la vamos a estar viviendo como si fuera parte de la vida cotidiana y, probablemente, no es así. Creo que habría que recuperar también esa capacidad de comunicarnos entre nosotros, no replicar la información que se basa en lo que alguien dijo en la radio y que no es parte de lo que estamos viviendo en nuestra vida cotidiana y nuestras propias experiencias.

Autoritarismo

En 1973, en La convivencialidad, antes de escribir Némesis Médica, Illich planteó con claridad su preocupación. Señaló que la perspectiva que teníamos ante nosotros era que se formara una población sumisa y obediente, dispuesta a seguir las instrucciones que se le dieran de arriba. Esto era lo que le preocupaba.

Otra inquietud que tengo es que hay una tendencia al autoritarismo en diferentes ciudades, países, e incluso desde distintas instituciones, no solo de los gobiernos. Por eso me parece muy importante la tarea de tener este tipo de conversaciones, porque necesitamos comunicarnos y organizarnos como personas, cuidarnos y apoyarnos entre seres queridos como han dicho muchxs de lxs que están aquí, estar en contacto con la familia, amigxs, con las personas, seres queridxs y compañerxs de trabajo que pueden ser personas cercanas. Son dos inquietudes que hay que tener en mente.

El peligro es real, pero no por el virus, sino por lo que se ha estado haciendo. Sería el avance de un experimento. Agamben tiene razón. Anticipa el tipo de control que se intentará ejercer sobre nosotros a partir de ahora, en una sociedad de control que, infortunadamente, como ya se comentó, tiene eco en millones de personas.

Ese fascista que llevamos dentro hace que millones de personas que son críticas del gobierno, rebeldes, inteligentes y progresistas, de pronto agachan la cabeza y piden y exigen control policiaco sobre la gente para organizar un comportamiento de sometidos.

El riesgo en que estamos es real. Vamos a tener que seguir discutiendo que no es un riesgo médico, sino social y político, porque, amigxs y compañerxs, gente cercana a nosotrxs va a estar actuando bajo el principio de la obediencia y sometimiento a instrucciones irracionales y gobiernos cada vez más autoritarios.

Al pequeño pueblo zapoteco donde vivo llegó la semana pasada la Guardia Nacional a exigir a gentes que necesitaban salir para sobrevivir que regresaran a sus casas. Al zócalo de Oaxaca llegaron policías con ametralladoras a pedirle a la gente que se retirara. Personas amigas nuestrxs, vecinxs y compañerxs de todo tipo nos exigen el sometimiento a gobiernos autoritarios, los cuales van a aprovechar ese caldo de cultivo de la tradición fascista y el pánico que han creado para desatar un ejercicio autoritario sin precedentes. Todo esto corresponde a la advertencia de Illich.

Creo que nuestra preocupación principal debe ser cómo resistimos la ola autoritaria. El enemigo no es el virus, el enemigo es el fascista que llevamos dentro, y este fascista se activa con la ola de pretensiones autoritarias que cubren el mundo entero. No hay país donde no se esté ejerciendo alguna forma de control, a veces a niveles enteramente atroces. En todas partes se intentaba someter a una población que ya no aguantaba más, que estaba en el camino de la abierta rebelión y que ahora, en muchas partes, parece decidida a agachar la cabeza. Esto es lo que a mí me preocupa y lo que a mí me interesaría mucho que pudiéramos discutir.

Quería comentar que, efectivamente, como se decía, cuando comenzaron a decir que las medidas iban a bajar, de repente la gente pasó de un estado de miedo a todo lo contrario, y llama mucho la atención este vuelco tan rápido de una situación a otra. Comparto la opinión de que la amenaza real es el autoritarismo y el fascismo creciente.

En ciertos lugares a la gente que tiene un huerto de autoabastecimiento la han llegado a multar por tenerlo, obligándola a ir al supermercado, donde el riesgo de contagio es mucho mayor; hablando de absurdos.

Tengo comentarios que me han surgido a partir del encierro en que hemos vivido, y el autoritarismo. Este fin de semana tuve

oportunidad de hablar con una compa que se mueve muchísimo en lo comunitario y, curiosamente, el encierro le ha provocado varios cuadros de depresión como consecuencia de la imposibilidad de hacer las cosas que ella venía realizando en su vecindario.

Lo que uno puede ver es que muchísimas colectividades y personas que nos movemos en el campo social al parecer estamos imposibilitados para accionar. Como fenómeno del autoritarismo que tenemos en este país, las multas son muy costosas, las fronteras entre pueblos, departamentos y todo eso, están cerradas. Además, estamos “trabajando desde las casas” y eso tiene sus consecuencias; sobre todo porque es mayor el trabajo.

Y tener en cuenta que el autoacuartelamiento, o el autodistanciamiento, también es un privilegio de clase. No todas las personas tienen la fortuna de estar dentro de su casa, pensando que platillo van a elegir. Hay gente que necesita salir día con día para ver qué puede comer. Hay una actitud de catalogación de las personas: unas son “responsables” y otras “necesitan medidas autoritarias”.

Algo que me han dejado las lecturas de Illich son las discusiones respecto a cómo y qué significaría aprovechar este espacio para una resignificación o una generación de otras instituciones. Porque si bien es obvio el discurso de que las instituciones están podridas y no sirven, ¿qué significaría en lo cotidiano generar otras que nos permitan albergar esa vida que queremos? Y, en ese sentido, cómo este discurso de la obediencia, del autoritarismo, coarta cualquier imaginario distinto, porque aquí, en Hermosillo, hay solo de dos sopas: o acatas o te multan.

Escuchando las últimas participaciones, recordaba también que en el texto se alude a la noción de equilibrio dinámico y a poder encontrar ese equilibrio entre la defensa de la vida a toda costa y lo que hemos planteado respecto a la muerte. Ahí se

habla de la opinión de los expertos contra los discursos caseros que se están dando. Pensaba también en la cuestión del riesgo y del peligro de los que habla Illich, de que en estas ocasiones de emergencia se suspenden las libertades.

Limitar los contagios no va a depender del control policial ni de los médicos y enfermeras, sino de la responsabilidad colectiva y del cuidado mutuo que tengamos. Creo que hay gente que se va a los extremos, que cree que es un invento, y gente que está superpaniqueada. Habría que encontrar ese equilibrio e, independientemente de si crees o no, pensar en las personas más cercanas, dejar de pensar en las poblaciones y pensar en lo más cercano.

Sale esto del comercio local, hay respuestas como regalar alimentos, y sí, hay que hacerlo, hay que tener respuestas sociales para cubrir a los más vulnerables, pero no creo que sea por ahí. Es decir, en esta coyuntura las clases ricas y sus intereses particulares van a aprovecharse, porque eso es lo que quieren. Entonces, ¿cómo reaccionar con otras respuestas? Una lógica de mercado que sea local, sigue siendo de mercado y, desde mi perspectiva, es muy cuestionable. ¿Cómo vamos a generar mayor autonomía y autogestión sin recurrir a mecanismos que han perpetuado el sistema? ¿Cómo repensar desde aquí, desde la confusión, un mundo diferente?

A mí me sigue haciendo mucho ruido esta creencia de que el gobierno nos va a dar algo; seguridad, soberanía. Yo antes era una persona apolítica, y es a partir de 2006 cuando comienzo a desarrollar este sentido político. Desde entonces veo cómo las situaciones se han venido agravando y siempre prevalece esta exigencia al gobierno. ¿Qué es lo que nos mantiene en esta creencia? Yo soy anarquista y no pienso así, pero me inquieta saber qué nos mantiene en la creencia de que el gobierno, en algún momento, va a responder de algo, cuando todo indica que no lo hará. ¿Por qué se sigue creyendo en los verdugos?

El principal tema que tendremos que seguir discutiendo por mucho tiempo, desafortunadamente, es el autoritarismo. Hay que considerar lo que haremos. Quisiera plantear que nuestra principal arma es reírnos de él, que la risa es la que nos va a ayudar, pero no reírse a lo tarugo, no provocando a la policía, sino riéndonos de estos gobiernos en pánico que recurren al exceso de autoridad para protegerse. Así los haremos innecesarios, lograremos que todos sus aparatos resulten innecesarios.

Distanciamiento y división

¿Cómo fue posible que la mayoría de la gente en el mundo de pronto aceptara que todos los demás seres humanos son enemigos mortales? Tenemos que distanciarnos de ellos, no tocarlos bajo ninguna circunstancia porque nos pueden contagiar de una enfermedad mortal, son enemigos que nos pueden matar.

Me llama profundamente la atención el distanciamiento respecto de los abuelos, los padres, los grandes, los principales en algunas comunidades. La obediencia institucional pone en marcha este mecanismo de distancia. El texto habla de una antesala al cementerio, como esta jaula de oro donde el abuelo está confinado y a la espera de la muerte, y nosotrxs distanciadxs de ellos.

Solo para ubicar, yo estoy en España, y hemos visto algo que a mí sí me preocupa: entra mucho el juego del miedo y el juego de la convicción y del cuidado. Hay una polarización de los ambientes, sobre todo en los ambientes activistas. En todos hay una división entre los que tienen miedo al virus y buscan cuidarnos de una manera más o menos desde abajo, desde el Estado o ambos, y los que tienen miedo a ser manipulados y buscan resistir a la manipulación que ven desde arriba.

Y en los dos hay un alejamiento cada vez más grande y un enfrentamiento de esas dos posiciones que a mí me está doliendo y preocupando mucho, porque es con esas mismas personas con las que he trabajado estos años, y que han trabajado juntas durante mucho tiempo, pero que ahora se han dividido entre miedo, reflexión y cuidado y es muy difícil diferenciar cuál es cuál. Mientras unos están ahora con “vamos a cuidarnos, la mascarilla es una cosa buenísima, necesitamos ponérsola”, “yo me la pongo porque te quiero a ti, porque quiero cuidarte”, como un ejercicio de cuidado mutuo, de mantener la distancia, de todo lo que va más allá de no tocarnos, no abrazarnos; por otro lado están los que convocan a manifestaciones o manipulan en contra de la vacuna obligatoria, y es gente que hace tres meses trabajaba junta.

Las reflexiones que estoy haciendo son: ¿cómo sostener esas redes que se están rompiendo? Veo miedo en los dos lados y amor en los dos lados, pero se están encharcando en esas posiciones y perdiendo relaciones. Fuera del virus, hay un impacto de la crisis en las relaciones y vínculos humanos, ¿cómo se puede seguir trabajando así?

¿Qué posibilidades tenemos de generar estrategias de redes? No puedo seguir trabajando con la misma gente, pero sí reforzar las relaciones con mis vecinos y trabajo en ello para que vayamos acercándonos más. ¿Cómo puedo hacer este cuidado emocional que ahora mismo hace mucha falta?

¿Cómo lo están viviendo ustedes? Lo de vivir y cuidarse sin los mandatos hegemónicos, ¿cómo se están rebelando sin exponerse y ponerse en riesgo? Se ha asimilado tanto entre nosotros y nosotras, que ya hablamos de quiénes son los que voluntariamente deben morir e incluso acudimos a que la cuarentena es el único camino, cuando el distanciamiento es lo que más nos debilita.

¿Cómo hacemos para cuidarnos fuera de estos mandatos? ¿El camino es salir e ir observando qué pasa? ¿Nos resulta impensable? ¿Qué pasa si decidimos preparar nuestros cuerpos para el contagio?

La pandemia del miedo

Creo es imposible estar lejos de este mar de pánico e incommunicaciones y que espacios como este, que nos permite hablar social, cultural y emocionalmente de esta crisis que está abrazando al mundo —no es la peor, pero está despertando sentimientos—, son espacios muy nutritivos.

Con el tema del peligro decía que, ahora mismo, hay peligros muy reales de salud que no son los prioritarios, y hay muchos peligros de dinámica social y económica, un peligro muy real de hambre y miseria económica en muchas regiones del mundo. Esto va a tener implicaciones laborales, ese peligro de histeria social, distanciamiento y distracción de la sociedad. Me cuesta hablar de totalitarismo, pero creo que estas dinámicas de miedo están haciendo gran daño y hay muchos peligros reales.

Quiero retomar el tema del miedo. Me parece que aquí hay un balance bien peligroso entre pensamiento crítico y miedo. Por un lado me pregunto qué tan críticos podemos ser partiendo del miedo, desde un punto de vista del posible peligro en que estamos en una casa donde los tres que convivimos tenemos más de 60 años; nuestra corresponsabilidad. Y cómo esta relación pone a prueba de una manera corporal bastante extrema el hacer y el pensar. Personalmente, me siento muy impotente para pensar las cosas de modo más valiente, digamos, porque podría pensar o decir “está bien, arriesgo mi vida y tan tan”, que tampoco está tan fácil, pero la cuestión de la corresponsabilidad es algo que me tiene ocupada.

Estoy de acuerdo con la reacción al miedo, cómo reacciono y desde dónde. Creo que para entenderlo hay que preguntarnos: ¿reacciono desde el cuidado mutuo como lo propone Unitierra? Algo está pasando y hay que cuidarnos. O reacciono desde el miedo, que es el discurso del Estado. Creo que la normalización del miedo nos hace frágiles y vulnerables, tanto, que personas que hemos sido críticas de lo que no es democracia, de sistemas colectivos, de procesos que permiten que las personas del abajo construyan para que vayan armando las bases, terminamos aceptando el fascismo que tenemos adentro, y esto es porque tenemos un miedo horroroso. La pregunta es: ¿qué nos tiene que movilizar? Si lo que nos tiene que movilizar es el miedo, ¿el miedo a qué?, ¿a la pandemia? ¿Qué nos da miedo de la pandemia? ¿La mortalidad? En realidad, tiene una mortalidad muy pequeña alrededor del mundo. Hay cosas que matan mucho más. Incluso las otras enfermedades respiratorias tienen mortalidades mucho más altas, más de 2.5 millones de personas al año. Lo que pasa es que esta mata mucha gente en un tiempo más corto, pero la mortalidad no va a alcanzar el nivel de otras enfermedades respiratorias, probablemente a eso no hay que tenerle miedo. Entonces, ¿tener miedo a llegar a un hospital y que no nos atiendan?

¿A qué le empezamos a creer? ¿Vale la pena decir que Trump en su discurso empieza a tener razón? ¿Vale la pena justificar los discursos de personas que toda la vida han sido autoritarios e hipócritas? Nosotrxs tenemos que poner en la balanza lo que creemos, para ganarle la batalla al miedo.

El miedo en sí mismo no es malo, provoca un impulso para cosas muy buenas y todxs hemos sentido miedo. Ahí está, de alguna manera, cuando el miedo me da la fuerza para hacer cosas que no haría normalmente y me sirve de guía para ver qué es lo que me importa. Y lo otro es que me paraliza, y noto que hay mucha gente en pánico y que se pone agresiva.

El miedo al virus es lo menos importante para la gente con la que hemos hablado; lo primero que expresan es que tienen miedo al miedo. Hay que hablar de él. A mucha gente este pánico la está guiando en la acción. Están los miedos políticos desde la izquierda y la derecha; hay miedo a que el otro aproveche la situación para jodernos, hay gente que está muy agresiva con el otro bando y esto polariza a la sociedad.

Hay muchísimos miedos con la situación económica. Hay gente que está en situaciones desesperadas, otros que estaban bien y ahora no, gente con negocios pequeños; hay mucho miedo al rechazo social y al encierro. Y si hablamos de miedo a la enfermedad, lo que hay es un miedo para sí mismo, de enfermarse, miedo a perder personas queridas o que vengan otras olas y se repita el mismo drama.

Algo va a cambiar y hay miedo a que no cambie nada. Habrá cambios inmediatos, están instaurándose, más cárcel y vigilancia; negocios o empresas que han desaparecido, a pequeña escala, las tiendas de barrio, hay muchas en peligro, gente que apenas llegaba. También hay cambios a largo plazo, hay a quien le ha cambiado la mentalidad y no se va a notar ahora mismo, pero en unos años sí.

El miedo no es nada nuevo, es un sentimiento típico de la modernidad. Pero otro punto que no hay que olvidar —y que tiene mucho que ver con esto— es cómo proyectamos los futuros escenarios a partir de este momento. Algo que caracteriza a la modernidad es su linealidad, es decir, pensar siempre que estamos en un mal y queremos hacer un mejor futuro.

Este tipo de utopías que propone, digamos, el mejor pastel hacia el futuro, por sí mismo crea mucha violencia. Todos los planteamientos que olvidan el aquí y el ahora, como se dice en la terapia Gestalt, generan nuevos fantasmas y nuevos miedos,

pero ¿miedo de qué realmente? Otra palabra para miedo es angustia. La angustia se relaciona con la palabra en alemán para miedo, que quiere decir estrechez, es decir, como un punto, momento en que ya no fluyen las cosas.

En días pasados recibí un artículo que hablaba de que la epidemia del miedo puede ser mucho peor que la pandemia provocada por el covid-19. Estoy seguro de eso. Es cierto el miedo que se está generando y creo que es a propósito. Ese miedo va directamente en contra de todos nosotros y también de nuestra inmunidad. Una comunidad tiene una inmunidad comunitaria también, podemos dar el paso de fortalecerla, lo que me parece muy esencial. Espero que eso haya sido lo suficientemente concreto.

Quiero concluir con una información de ese mismo artículo, que decía que el miedo puede ser más grave que la pandemia. Ahí se analizaba desde el punto de vista de otros sistemas de pensamiento y paradigmas, sobre todo los que no consideran el cuerpo como un mecanismo iatrogeneizado ni a la sociedad como un engranaje mecánico, ni tampoco al mundo y la Tierra como algo mecánico, sino al contrario, como algo que vive, que es parte de una vitalidad y energía grande.

Lo que me hace sentir más miedo es lo que pasará con nuestra realidad construida desde la autonomía, si al salir a la calle vamos a poder continuar con esta independencia de seguir vendiendo. Lo que me da miedo es eso, que fuerzas militares vayan a estar por las calles; entonces ya no será posible esta autonomía, tendría que regresar al empleo. Esta parte a mí me da más miedo.

¿Cuál es la maquinación del miedo? Pensemos. ¿Qué es el miedo? ¿Un sentimiento, una reacción corporal?, ¿es subconsciente o consciente? Y también, ¿cómo aprendimos a reconocer

el miedo, a articularlo desde nuestra propia subjetividad? Hay que entender que las raíces del miedo, para cada persona, vienen desde diferentes posicionamientos y lugares. Así, debemos empezar a relacionarnos y a entender que en la pandemia todos tenemos situaciones diferentes. Una persona puede tener miedo a cómo será la reactivación de la economía, porque está pensando en su renta; otros piensan en la gente que no han podido ver. Quiero escuchar cómo piensan que tenemos que repensar y recrear flujos de afectividad y de solidaridad, porque siento que tenemos la idea de que lo afectivo está en el tacto, lo que es cierto, pero ¿cómo podemos recrearlo? Igualmente, cómo podemos recrear estos flujos económicos en las mismas comunidades.

Otra cosa que pienso es: ¿en realidad tenemos miedo del virus o tememos ser contagiados porque los servicios de salud son inútiles? Sabemos que si nos contagian no tenemos muchas alternativas. Por un lado está el servicio público nefasto y, por el otro, la salud privada, que no estaría al alcance de nuestras realidades. Así pues, hay que repensar si tenemos miedo al virus o al contagio por la calidad de los servicios públicos.

El miedo es una respuesta sana de todos nosotros ante algo que nos amenaza. No hay nada patológico en tener miedo, está inscrito en nuestro sistema nervioso autónomo. Tiene tres patrones de respuesta ante una amenaza. Antes de que pensemos, el sistema reacciona autónomamente frente a una amenaza. El problema es cuando ese miedo es irracional, cuando se vuelve pánico, se pierde el control, deja de ser una respuesta ante la amenaza y se convierte en un comportamiento sin sentido.

Me da la impresión de que hablamos sobre un miedo, pero hay una diversidad de miedos, como la diversidad que somos. Sin duda, el miedo construido desde los gobiernos y la OMS resultó en la pandemia y el confinamiento. Creo que habría que pensar

en una serie de miedos contruidos a partir de otros dispositivos, como los mismos medios de comunicación. Y haría una separación. A partir de estas informaciones, reales o no, se genera otro tipo de miedos, como el que se construye en el barrio a partir de un rumor, a partir de cómo se está tratando a las personas que tienen un síntoma de covid o cómo se les sataniza y aparta de la sociedad, o en la dinámica de la calle, la comunidad. Entonces yo pensaría en una serie de miedos, no en un miedo único que genera pánico, sino unos miedos, precisamente, a esa realidad no real, a esa realidad del virus y a esa realidad de la ineficacia de los sistemas de salud. Yo diría, como cuando reclamamos o decimos sobre la paz, que hay muchas paces, creo que hay muchos miedos que construyen otra realidad.

Cuando se habla de gráficas y demografía, la demografía es una descripción de la población; cuando se habla de la población no se está hablando de nosotros, ni de ti ni de mí, ni de quienes estamos aquí, se habla de algo general. Eso ha generado mucha ansiedad, miedo, pánico, porque aunque las personas con las que vivo en esta casa no estén enfermas ni contagiadas, aunque los vecinos no estén enfermos ni presenten síntomas, aunque la comunidad en la que estoy no muestre síntomas, lo que se dice en los medios de comunicación es que entre la población están aumentando los contagios y las muertes. Esa abstracción me genera miedo, ansiedad, incertidumbre, porque la gente cercana a mí no presenta eso, pero la población sí, México sí, Oaxaca sí, y esas abstracciones no hablan de nosotrxs ni de nuestra cercanía, ni de nuestro contexto, pero generalizan algo que sucede en eso que se llama “población”. Eso tendría que ver también con el riesgo, y el riesgo también es una cuestión matemática abstracta, pero el peligro es real. Creo que nos ayudaría a disminuir la paranoia y la ansiedad volver a la realidad y tomar en cuenta lo que está pasando, pero no necesariamente mediante una ecuación matemática, sino como una expresión de la realidad.

Incertidumbre y miedo a vivir

Quiero retomar un punto que se dejó atrás, el de la búsqueda de certezas y cuando se hablaba de las cifras. Estamos en un momento en el que hay muy poca certeza posible, y a mí me ha ayudado mucho entenderlo en términos de crisis. ¿Qué pasa en mitad de una crisis? Muchas cosas en muchas partes y no estamos seguros de lo que está pasando. Hablamos sobre una investigación sobre el virus, de que hay laboratorios que investigan y publican sus resultados, muchas veces sin haber trabajado a fondo y revisado el material como normalmente harían. ¿Qué certezas vamos a tener si cada día hay nuevos resultados y muchos de ellos no están bien conformados? Lo mismo pasa con el número de muertos, ¿cómo se cuentan? ¿Cómo se cuentan los infectados? No hay certeza. Tampoco con los cambios legales ni las dinámicas sociales. Buscar certezas en mitad de una crisis es una tarea imposible. Creo que nos podemos perder mucho, pero se trata de asumir la incertidumbre y trabajar con la certeza de lo cercano, de lo que podemos confirmar.

Para resistir las imposiciones autoritarias que nos llegan de fuera, tenemos que retomar el valor para vivir a diario como lo que realmente somos: seres frágiles, vulnerables, con incertidumbres; creo que eso es muy importante. Se dijo hoy varias veces que hay que acostumbrarnos a la incertidumbre radical, saber que no hay certeza posible, que esa es nuestra condición, que habíamos estado cómodamente instalados en ciertas certezas, que dábamos por sentado que las cosas eran de una determinada manera y no podemos instalarnos en ninguna certeza, porque no las hay y hoy menos que nunca.

Había ciertas tendencias profundas en la realidad que nos permitían, de alguna manera, prever lo que podía pasar. Hemos estado discutiendo en estas sesiones la increíble anticipación de Iván, que hace 50 años vio lo que iba a pasar. No tenía una bola de

cristal, tenía la capacidad de leer en el presente ciertas tendencias profundas que permitían saber más o menos una cierta dirección de los acontecimientos. Parece que hoy desaparecieron las tendencias profundas, que no podemos tener anticipaciones confiables sobre lo que puede pasar. Tenemos que acostumbrarnos a vivir en esta incertidumbre radical, que no es cómoda. Al mismo tiempo, implica regresar de futuros prometidos y finalmente falsos, al presente, que es lo único que tenemos. Y en ese presente habrá que ver con otra mirada, con otras actitudes, como las que se han estado mencionando aquí, ocupándose de la propia comida, por ejemplo, de la propia sanación, de otras nociones de la enfermedad y la muerte de nosotros mismos. Podemos aprender de nuevo a vivir y perderle el miedo, que parece que está cundiendo como una grave pandemia.

Finalmente, parece que lo que se está haciendo con la campaña de miedo es darnos miedo de vivir. Vivir significa hacerlo en nuestra fragilidad, con nuestros riesgos y peligros, con nuestras condiciones normales, y eso no debe asustarnos, eso es vivir. Estar viviendo no debe ser motivo de miedo, y creo que es lo que nos están dando y ha provocado una enorme ansiedad por el contagio. De las pocas cosas en que hay consenso en las corrientes médicas es que uno de los aspectos más debilitantes del sistema inmune es la ansiedad, la preocupación, la angustia, pues son factores de debilitamiento sumamente fuertes.

Contra la política del miedo, la construcción de la esperanza...

Queremos apostar por transitar estos momentos desde la esperanza, no desde el miedo.

Un lema que manejamos en Unitierra es: “Contra la política del miedo, la construcción de esperanza”. Así le llamamos a una campaña que estamos llevando a las comunidades sobre cómo nos organizamos y volvemos a estos cuidados desde la base,

desde abajo, desde nuestro cuerpo a la realidad, y no a estas narrativas que más bien incitan al miedo.

Para generar estrategias desde nuestros contextos, desde nuestro cotidiano y desde nuestras comunidades, es necesario ampliar el horizonte y reapropiarnos de nuestra capacidad de sanar. Entender que no todo es tan aparatoso como nos lo quieren hacer ver, y que en nuestras manos está el cuidado, la ayuda mutua, la solidaridad, que podemos accionar no desde el miedo, sino desde la esperanza y con la certeza de que nosotrxs podemos desarrollar e implementar acciones que nos ayuden desde abajo.

Vemos esta oportunidad como un momento de incrementar la lucha, la resistencia, ponernos creativxs para transformar la vida, buscar otros horizontes políticos y de existencia. Nos parece alarmante el manejo de las narrativas del miedo, cómo se abren a nuevas posibilidades de totalitarismos y militarismos, a nuevos fascismos.

Evidentemente, el Estado no tomará la opción de transformar la vida, pero quizá puede ser una alternativa para quienes tengamos la posibilidad de reunir algo de saber y de herramientas para construirla. Hará falta en nuestro entorno cercano, y está en la red y en muchas fuentes. Me aventuro a pensar que en todo el mundo se ha buscado esta posibilidad.

Estamos capturados como sociedad, y por eso estamos paralizados y nos invade el miedo, miedo de convivir porque no entendemos lo que sucede. A lo que debemos dar paso es a generar estrategias colectivas y contextualizadas desde los lugares que habitamos. Lo que nos proponen hacer no es pertinente para todos y para todas. Habitamos lugares distintos, comunidades, pueblos, ciudades que responden a diferentes lógicas, y las recomendaciones que dan son para todos y todas, por lo que su utilidad está limitada.

Recuperar el sentido, los sentidos

Yo diría que el primer punto es abandonar la arrogancia, que incluye particularmente a los científicos y los médicos que pretenden que saben, que se plantean metas imposibles que ningún humano podría plantearse con seriedad. Tenemos que recuperar la humildad para reconocer lo que sabemos y, particularmente, lo que no sabemos y, sin ninguna presunción, empezar a tratar —lo que decía Iván— de recuperar el sentido y los sentidos. ¿Cuál es sentido de lo que hacemos?, ¿cuál es el sentido de cada uno, cada una de nosotrxs?, ¿de qué se trata esto de estar viviendo?, ¿qué cosa es esto de la vida y la libertad? Se trata de recuperar el sentido de la vida, de lo que somos y hacemos y de recuperar los sentidos, volver a pensar con nuestra carne, no con las abstracciones.

Tenemos que escapar de las abstracciones. Pueden ser útiles, podemos utilizarlas, pero no dejar que nos usen a nosotrxs. No hay que confundir nunca una abstracción con la realidad. Recuperar el sentido de la realidad es recuperar el sentido de la realidad concreta; recuperar el sentido de nuestros sentidos es la única forma de tocar y estar realmente en contacto, en relación con la realidad.

Según la narrativa de los medios y discursos oficiales, estamos ante la peor crisis de salud de la historia, cuando en realidad se trata de una grave crisis del sistema de salud, e incluso de la noción dominante de salud. A partir de eso, necesitamos analizar qué implicaría la sanación en nuestras manos; no la salud como palabra abstracta, sino la sanación como parte de nuestra responsabilidad.

En varias comunidades de Oaxaca, en particular en la Sierra, decidieron tender un cerco en el pueblo y no dejar entrar a nadie. Prohibieron también la entrada de las transnacionales, so-

bre todo de las que venden chatarra. Y adentro empezaron a repensar en su comida, en lo que pueden cultivar ellos mismos, en sus guisos tradicionales. También acudieron a sus sanadoras y curanderos y empezaron a usar los remedios locales, los de sus propias plantas y tradiciones. Hay algunas que no han tenido ni un solo caso de infección y otras en que han sabido tratar bien a los infectados.

Sin duda, debería tenernos entusiasmados lo que están haciendo esos pueblos. No es simplemente el cerco que han instrumentado por decisión de la asamblea, sino lo que muchos están haciendo ahí dentro. Se organizan para asegurar su supervivencia, para ver cómo garantizan sus alimentos, no solo con el cultivo, sino con arreglos con otros vecinos, con otros pueblos semejantes a ellos, para que esté garantizada su subsistencia. También están retomando saberes tradicionales, saberes ancestrales, médicos, para enfrentar las condiciones actuales. Ya tenemos información de algunos pueblos en que se utiliza todo esto para cuidar a los viejos y a las gentes vulnerables, ocuparse realmente de ellos combinando saberes tradicionales con recursos contemporáneos.

Quizá el problema no es tanto la pandemia, sino la parálisis que fomenta el miedo, el no moverse, quedarse aterrorizado o paralizado en el momento. Como dice Wendy, se trata de actuar desde el cuidado, no desde el miedo.

Parece muy atractiva la propuesta que está circulando ahora, aparentemente nacida en Francia, que pregunta cómo plantearnos el futuro. Se trata de sentarnos en nuestros lugares y geografías y pensar qué es lo que queremos conservar de lo que hemos tenido, pero también y sobre todo qué queremos cambiar. Ojalá salgan muchas propuestas concretas y viables que se puedan realizar a corto plazo, y que ojalá sean más sobre el cómo que sobre el qué, para crear un nuevo mundo con un nuevo horizonte.

Cuando hablaba de qué va a pasar después de esto, empecé a preguntarme desde ese día que necesitamos para recuperar nuestra autonomía. Necesitamos recuperarnos a nosotros mismos, recuperar esa seguridad que —con todo lo que está sucediendo— se está perdiendo. Al tener marcas en el piso que nos dicen a qué distancia tenemos que estar del otro, ¿cómo vamos a relacionarnos nuevamente con el otro? ¿Cómo vamos a regresar después de este aislamiento, muchas veces autoimpuesto o impuesto por los de fuera? ¿Cómo vamos a regresar a relacionarnos con los demás? Creo que eso es importante repensarlo. Sería catastrófico que, de ahora en adelante, las relaciones se limiten a un vernos desde lejos o a través de una pantalla por miedo a contagiarnos, si no de esto que hay ahorita, de otras cosas, porque no es el único virus al que estamos expuestos.

Opté por mirar hacia adentro, que es lo que puedo hacer hoy. ¿Cuál es el cambio para atender aquello que había dejado de atender, o aquellas visiones que había dejado de tener? Regreso mucho al tema de la autoobservación y la renovación. Veo claramente esto como una oportunidad para renovarnos y renovarse en el quehacer diario, en lo que sabemos que tenemos en el presente. Llegué a un hartazgo de enfrentar estos miedos y los métodos de control masivo, pero la gota que derramó el vaso fue que ahora, en las comunidades, la solución para su nueva convivialidad está en los mismos mecanismos de control que ya hay en otros lados...

Algo que me resuena es que no nos van a poder contener, porque la vida se desborda. Hay algo que va a tener que acomodarse y que no es posible con esas medidas, y entonces es fundamental empezar a abrir panoramas y horizontes en los que sembrar las semillas de esta nueva realidad. Lo que llamamos “normal” es lo que nos trajo hasta acá.

Sería muy importante que nuestras conversaciones no se quedaran en el periodo de la pandemia, sino que entráramos a la

pospandemia, que se evaluara más cómo se cuida nuestra salud emocional, mental, y cómo esto ayudaría a valorar más y a prestarle más atención, a darle la importancia debida a nuestra salud mental y emocional para combatir algunas injusticias inherentes al sistema actual. Y hablando a nivel gubernamental y de otras instituciones médicas, si procuramos nuestra salud emocional y mental, podemos combatir las injusticias que vienen de estas instituciones. Para esto, creo que es necesario, más allá del conocimiento científico —al que aquí se ha hecho una crítica importante o, mejor dicho, a la estructura que tiene la ciencia—, que no se desprecien otros tipos de conocimiento. Hay que valorar otros métodos para obtener conocimiento que nos ayude como individuos a mantener nuestra salud integral, a buscar en otras epistemologías otra forma de obtener herramientas para enfrentar situaciones adversas y poder, en el futuro, encontrar solución a las injusticias e inequidades que vienen de distintos rubros.

A nivel de resistencia ha habido cosas muy bonitas, como gente que se organiza solidariamente para llevar comida a los que no la tienen. Ha surgido el tema de la renta básica, que parece darle más poder al Estado, por lo que no es la respuesta correcta, pero muchos de los movimientos sociales han votado por eso.

Cuando se habla de alimentación y de otras maneras de ser más sanos, me doy cuenta de que para los compas de la ciudad ser más sanos y alimentarse saludablemente implica que en lugar del pan Bimbo normal compren el integral. Se plantean transitar hacia las marcas que prometen ser *light* o integrales, pero no recuperar la soberanía alimentaria y ser parte de la producción de sus alimentos, ni consumirlos con los productores orgánicos o agroecológicos de su región. Entonces, creo que hay un montón de chamba que hacer y a eso me refería en mi primera participación. Nos corresponde a nosotrxs fortalecer nuestros cuerpos y mentes, transitando hacia una soberanía alimentaria, hacia un

aprendizaje libre, a otras formas de vivir en general. Yo estoy muy invitada a eso, a hacerlo desde abajo y a participar en las campañas que tengan que hacerse para tener nociones más claras de lo que es sanación, alimentación y estos aspectos.

Hacer comunidad y construir en lo local

Se está haciendo mucha futurología desde derecha e izquierda. Vemos a Žižek hablar del comunismo por venir, y a otros, del hipercontrol del Estado. Vivir constantemente en el futuro pudiera estar borrando la idea del presente diario, del habitar y del hogar, en el sentido de lo que hacemos a diario en nuestras casas y cómo repartimos las tareas. Quizá de ahí vengan las posibilidades de tener una vida distinta, una comunidad diferente en el día a día y de cómo vivimos esto, cómo nos relacionamos con niñxs, hombres y mujeres, cómo hacemos los trabajos. Pensar en el hogar y en cómo las comunidades y los barrios lo están viviendo al día es importante.

Quisiera reiterar que, como se ha dicho brillantemente, esto que tenemos enfrente es un enorme riesgo, una amenaza real, y la amenaza no es el virus, es el autoritarismo rampante que nos acosa. Pero es también una inmensa oportunidad, porque los propios errores del régimen, esa misma obediencia, implican también, inevitablemente, una concentración en lo local, eso que podemos tocar con los sentidos, lo que podemos tocar con la carne.

Para mí, este escenario sería un espacio para generar otra forma de ser en la vida, que incluso tendría que alterar mi cotidianeidad inmediata. A veces siento que se elaboran muchos discursos en el aire, pero ¿cuáles son esos cambios que estamos dispuestos a hacer o a qué cosas vamos a renunciar en aras de conseguir otras? ¿Cómo serían la convivencialidad y estas cuestiones?

Lo que demostró el virus es el enorme desprecio de esta sociedad por los viejos y la gente vulnerable. Estas comunidades están retomando eso que algunas habían perdido, ocuparse con cariño de los vulnerables y de los viejos, de los que están delicados no porque el virus los amenace, sino porque requieren de ese cuidado, con virus o sin virus. Eso es lo que tiene sentido. Se trata de pensar en reconstruirnos en la vida concreta local para tratar de ser de nuevo —si lo éramos antes y lo dejamos de ser— personas libres y amorosas que, sin arrogancia, saben practicar el arte de sufrir y morir.

A mí me parece muy importante considerar que tenemos que entender el cuidado respecto a un contexto. En la perspectiva homogeneizante de los medios y de los gobiernos, siempre dan recetas y adoptan posiciones absurdas que, como decía la compañera de las favelas, no funcionan en los contextos locales en los que estamos. Esos cuidados dependen de las comunidades. A veces queremos aplicar experiencias que están funcionando en comunidades europeas, pero estamos en América Latina, no en Sudáfrica. No hay recetas universales para esto. El cuidado hay que reflexionarlo desde donde estamos y con quienes habitamos. Nos hace falta un acto de desobediencia, desescolarizar nuestras mentes y dejar de depositar la verdad en otros para empezar a mirarnos desde donde estamos. Nosotros, como familia nos dedicamos a analizar la desescolarización y otros aprendizajes. Hemos visto que cuando las familias, los niños y las niñas, deciden ya no ir a la escuela, una de las cosas más difíciles es dejar de pensar jerárquicamente y no pedirle al otro que te diga que hacer. Hay que hacer este ejercicio, dejar de pedirle al doctor que me cure para retomar esa capacidad que tengo.

Mi pregunta es: ¿cómo resistir estratégicamente a la autoridad gubernamental cuando impone que nos quedemos en casa y usemos máscara, sin darles a los capitalistas, a los de la derecha y al autoritarismo exactamente lo que quieren como resul-

tado de este momento histórico? En uno de los artículos que compartimos se habla de la comunicación sin comunidad, algo que estamos viviendo actualmente, una hipercomunicación y una carga de información que no fomentan la cercanía y rompen rituales cotidianos, como el saludo de mano, por ejemplo. Y, al mismo tiempo, ¿cómo encontrar esta nueva forma de hacer comunidad —que tendría que ver con otro de los artículos— ante la propagación de los nacionalismos en este tiempo? Al parecer, lo único en común es un Estado-nación, pero podríamos mirar más allá de eso, a lo que nos hace comunidad.

Quiero vincular esto a una de las entrevistas con el filósofo alemán-coreano Byung-Chul Han, donde su diagnóstico es que llegamos de una comunidad sin comunicación a una comunicación sin comunidad. Creo que esto, efectivamente, se observa no solo en Berlín desde donde él escribe, sino en muchos otros lugares, donde incluso el lenguaje de las guerras ha cambiado mucho en el transcurso de los últimos siglos. Para tomar lo más reciente, ya no es una confrontación entre humanos, y en el nuevo lenguaje de la guerra el humano ya no existe como entidad, se habla de objetivos por eliminar, lo cual se hace simplemente apretando un botón, o mediante una orden muy lejana de la realidad concreta, lo que es muy diferente a las guerras anteriores.

A pesar de todo esto, volviendo a la situación de la pandemia, creo que en muchos ha logrado despertar, estimular, incentivar algo, que quizás antes se había dejado, que había comunicación con alguien, pero sin un auténtico intercambio. En su raíz etimológica, la comunicación es compartir algo y tiene mucho que ver con comunidad, es dejar entrar, crear algo en conjunto. En ese sentido, creo que mucha de la comunicación que se realiza no es una comunicación en este espíritu, sino que se deja alguna cosa dicha, pero no se trata de establecer una conexión para hacer comunidad, sino de una autoafirmación sin conexión con alguien.

En Unitierra hay un espacio que se dedica a la comunicación en su sentido original: reactivar la calidad de la reconexión a través de la comunicación empática o no violenta. Es una forma de caminar o de ampliar las perspectivas, donde el ego ya no es el centro sino el otro y lo que mueve realmente al otro; la escucha está en el centro, la observación y no la evaluación, el sentimiento y no el pensamiento, una petición y no una demanda.

Me gustaría retomar el texto que habla del sentido de comunicación y comunidad, y centrarme en esta última noción. En Unitierra hemos pensado mucho en las últimas semanas sobre la comunidad. Cuando personas que no son de Oaxaca preguntan por ello, siempre me digo: ¿qué entendemos por comunidad? Porque no es igual en Oaxaca que en México o en Alemania. Entonces en Unitierra hablamos de que está la comunidad de los pueblos originarios y la de las ciudades, pero también están esas comunidades que no comparten un mismo territorio y sí algo más, tienen algo que nos gusta, incluso un espacio para construir algo juntas y juntos. ¿Cómo podemos construir desde ahí el nosotros?

El artículo habla sobre esta hipercomunicación, de la carga de información que tenemos, pero que no fomenta el sentido de comunidad y del nosotrxs. Se habla, por ejemplo, de algunos rituales o de cómo retomar aquellos que tienen un sentido de repetición o cotidiano, que no es automático ni aburrido, sino más bien una repetición que construye nuevos rituales. Entonces pienso en la pregunta del conversatorio pasado: ¿cómo recrear el tacto, formas de sentirnos cercanos sin que implique un riesgo?, ¿cómo fomentar estas formas de cercanía?

Estamos viendo un proceso de transformación y transición. Parto de romper la concepción de lo comunitario más allá del contacto, porque el fenómeno que estamos viendo es de separación. En esa misma lógica, el planteamiento de comunicar-

nos, es decir, de otras formas de juntarnos, no necesariamente mediante el contacto físico, va a generar ese tipo de unión, como una conciencia diferente de ir transitando, es otra forma de juntarnos, diferente a como estábamos acostumbrados, a sentarnos en círculo, a darnos abrazos de llegada, y eso me da luces para ir pensando lo comunitario.

Cuando la comunidad se vuelve sociedad, entonces lo concreto se vuelve abstracto, y en lo abstracto, como vemos ahora muy claramente, operan otras fuerzas, entre ellas, el miedo sobre el cual habló el compañero anterior. Ese miedo es, además, el sentimiento que caracteriza la modernidad. El miedo tiene la capacidad de anclarse y relacionarse con todo, y muy claramente con el tema de la salud. Lo concreto incluye lo emocional. En el sistema de chacras de la India, lo emocional y la mente es lo mismo, lo concreto sería algo más holístico, porque es a escala humana, se puede percibir como algo más integral y completo porque es entendible, comprensible, lo veo, lo escucho, lo pienso y lo siento; en suma, me da identidad. Mi pregunta es si podemos conformarnos con esto concreto en el momento en que nos encontramos, que para bien o para mal nos muestra la interdependencia de todxs, no solo dentro de la comunidad, sino que siempre hay gente que viene o va afuera, que viaja, hay migrantes que regresan, que van y vienen de otros contextos. ¿Qué significa lo concreto? ¿Es una categoría étnica? ¿Incluimos solo a nuestros amigos y amigas? Y si lo pensamos así, ¿qué pasa con los otros que no son parte de este concreto que puedo entender y comprender?

Varias veces se mencionó nuestra relación con lo abstracto. Por una parte se dice que tenemos que regresar a lo concreto y, por otra, que no debemos abandonar el pensamiento abstracto. Creo que, evidentemente, no podemos en la práctica, ni hace falta ni debemos, abandonar nuestra capacidad de abstraer. El problema no está en abstraer, no está en construir con abs-

tracciones, hipótesis, teorías o imágenes de lo que pasa en el mundo y de lo que pasa en nuestro alrededor. El problema es confundir las abstracciones con realidades, pensar que eso que tenemos en la cabeza —la población, el país, el mundo, el planeta, la pandemia, el coronavirus—, que esa abstracción es una realidad, ese es el problema. Se dijo desde el principio, y se ha seguido paseando por toda la sesión este problema: ¿qué es lo que hacemos con las abstracciones, teorías, hipótesis? Palabras. ¿Son realidades para nosotros?, ¿las experimentamos como realidad?, ¿podemos vivir eso como realidad?, ¿cómo regresar a vivir en muchas realidades concretas, esas que tocamos o vemos, e interactuar con otros? Esto implica, además de superar el miedo a vivir para vivir otra vez plenamente, cambiar nuestra mirada.

Cuidado colectivo

¿Qué está pasando entre economía local y globalización? En las zonas urbanas, en los países más industrializados, prosperan las redes de economía alternativa, ecológica, pues están recibiendo mucho más refuerzo. Hay mucha más gente buscando este camino.

Hemos puesto en marcha una red local de producción y autoconsumo, y estamos generando esta red ahora mismo a través de la telemática. Cuando nos veamos, a ver qué tal lo hacemos. Hay muchas cosas que, si las ponemos en marcha bien, pueden ayudar para después. Hay que salir de la teoría, en esta limitación ¿qué es lo que hace falta?

Se trata de aliviar la situación y de preparar ese después en el que podemos contar con que vendrá otra oleada y nos volverán a meter en casa. Sea por conspiración mundial o destrucción del ecosistema, o por la causa que sea, habrá otra ola. Vayá-

monos mentalizándonos y generando esas infraestructuras que necesitamos para que la sociedad humana, la relación y los desarrollos comunitarios sigan en esta nueva lógica social.

Por ejemplo, pienso en mi mamá, mis tías y abuelas. Quizá yo la voy a pasar como una simple gripa, pero mi responsabilidad colectiva y el cuidado mutuo con la gente que más quiero me hace cuidarme. En caso de que mi mamá se infecte no la pasaría tan bien como yo. El riesgo de pronto es una cuestión abstracta; el riesgo de la población y el peligro es una cosa que se puede vivir de manera más cercana, más vivencial y de experiencia.

En esa separación y esa imposición de fronteras de nuestros propios cuerpos, se trataría de encontrar un nuevo equilibrio con otros seres vivos. ¿Cómo voy a empezar a relacionarme a partir de ese cuidado? Sí, a partir de esa desobediencia hacia una imposición generalizada, pero también a partir del propio cuidado que no implique imponer esa frontera, ni a mí ni a otros, ni a mi propio cuerpo ni a los cuerpos de los otros, pero que sí implique un cuidado, un autocuidado y ese nuevo equilibrio en esas nuevas formas de relación.

Realmente la búsqueda de alternativas a la medicina que pongo sobre la mesa como tema central de las reflexiones, nos lleva lejos y a algo que también se discutió hoy aquí. Debemos ocuparnos del cuidado, y al hacerlo tenemos que ocuparnos de los flujos de afecto. Se trata de recuperarlos porque nos hacen ser lo que somos: nudos de redes de relaciones que nos asocian con otros. Y el contagio se vuelve contacto. Quiero proponerlo como tema central. Hubo una conclusión hace un tiempo en Unitierra: que el cariño se había vuelto la categoría política central en el momento actual. ¿Por qué el cariño, que habíamos visto como una simple emoción, se convierte en categoría política?

El espacio, la comunidad, puede existir en el espíritu también, ser un espacio mental. ¿Cómo se podría acercar ese estilo de vida? En mi casa de Oaxaca vivimos la sanación constantemente. ¿En Oaxaca no se puede confiar en hospitales y sistema de salud igual que aquí en Alemania? Creo que el futuro está en esta automedicación, alimentación e inmunidad recreando la comunidad. Ahora estamos aislados y los niños también, esto está muy mal, porque necesitan muchos contactos y se quedan con los aparatos, no es bueno para el desarrollo de empatía. Creo que todavía la voz de lxs abuelxs en los contextos mexicanos tiene cierta validez, pero nos topamos con un muro, porque muchos de lxs abuelxs, al estar contruidos en esta anormalidad capitalista, tienen superasumido este rol de mantener lo dado. Entonces creo que tendríamos que tratar también de no victimizar a lxs abuelxs, si no de repensar cómo recuperamos su voz si ante nosotrxs está este muro. En algún momento lxs abuelxs se presentan como un muro que no permiten la transformación. Se sigue considerando que ellos son sabios, que tienen ciertas verdades, pero su verdad está fundada en lo dado. ¿Cómo hacemos para que los abuelos y las abuelas despierten a manera de las verdades, pero desde otro sentido? ¿Cómo rompemos los muros que tenemos contruidos en relación con que lxs abuelxs tienen asumido lo dado?

De por sí vienen aislándonos socialmente y esto se ha convertido en una política pública amparada en el argumento de que es necesario cuidarnos porque todos somos potencialmente peligrosos de contraer o contagiar la enfermedad. Sabemos que el encierro está afectando en diferentes niveles —con la perspectiva de psicólogo que es mi formación— y estamos viendo las ansiedades, depresiones, intentos de suicidio, y por ahí se vaticina el aumento de la violencia machista por tantas cosas que está provocando esto. También me vi inmerso en si pedir o no que me vinieran a ver, por el miedo que yo también tenía, pero había necesidad de contacto humano, de cariño, de cobijo, de apapacho, que no se pudo por el aislamiento porque el miedo se instaló. Está

bien tener precaución, solo digo que para mí fue muy evidente el aislamiento social y la separación de más de un metro que impide que nos vinculemos en algo tan íntimo como la muerte y el sufrimiento; son parte de la vida humana y poder acompañar en la despedida a un ser querido es bien importante. No haberlo tenido nos generó un sentimiento de desamparo o de extrañeza.

Desobedecer

Si el problema que detectamos es la obediencia, se trata de desobedecer, pero no con violencia sino con intensidad amorosa. En lugar de la separación y el aislamiento, actuar responsablemente en el cuidado, el autocuidado, la solidaridad y la resistencia.

No se trata de una desobediencia irresponsable y de que nos exponamos a contagios y otras cuestiones; más bien, de pensar desde dónde estamos actuando. ¿Nos dejamos llevar cuando nos imponen reglas o sanciones o, más bien, nos atrevemos a actuar para recuperar nuestras capacidades desde este cuidado mutuo y esta corresponsabilidad?

Me llama la atención de estos tiempos que lo que percibo es una obediencia escolarizada de la sociedad, y lo veo de esta manera: parece que las autoridades no están en contacto con las personas que tienen que salir a trabajar, que tienen que ganarse la vida. Son personas que están en un ámbito y en una esfera donde lo que ellos proponen es bastante viable para ellos y para ellas desde donde lo están habitando, pero las personas de a pie, por así decirlo, para las personas comunes no llega a tener sentido porque estamos en diferentes niveles de vida y existencia.

Ellos van marcando el paso diciendo qué hacer y cómo hacerlo, y nosotrxs vamos obedeciendo sin cuestionar, sin preguntar, sin imaginarnos si hay otras maneras o no, o sea, simplemente obe-

decemos, y una de las principales ideas es que, si te guardas, estás siendo bien portado, siguiendo las reglas, tienes 10 y lo estás haciendo muy bien.

Pero eso no está ayudando realmente ni favorece que, como sociedad, como comunidades, generemos las estrategias que requerimos para volver a salir a apropiarnos de las calles, de nuestro entorno. Lo digo porque muchos estamos dentro de casa y juzgamos a los que salen, como que no están cuidando a los demás porque están afuera y trayendo el virus. Como si quedarte en casa fuera lo único que está en tus manos y te salvara automáticamente.

Parece que el día de hoy quedó claro que uno de los problemas centrales es la obediencia a instrucciones disparatadas, y que lo que hace falta es desobedecer. Que en lugar de la separación y el aislamiento intensifiquemos las relaciones humanas, las interacciones humanas, y hagamos lo contrario de lo que ha estado haciendo esta sociedad atroz.

Podríamos empezar a contar historias de quienes están haciendo eso exactamente, que hay comunidades que han establecido un cerco y que no permiten que nadie entre, ni siquiera familiares de la comunidad. Pero dentro de la comunidad están haciendo cosas realmente fascinantes, están tratando de construirse de nuevo, de vivir de otra manera, están cuidándose y están cuidando a sus viejos y a las gentes que tienen algún problema. Están ocupándose de ellos de manera adecuada, que es lo que podría hacerse. Quizá lo que tenemos ante nosotros es una situación que nadie conoce con claridad. Dada la profunda ignorancia e impotencia de los médicos y de los sistemas, se adoptaron algunas de las peores decisiones ante la pandemia, como el confinamiento.

¿Y cómo tenemos que estar haciendo cosas de otra manera? Quizá no todos pueden hacer lo que hacen estos pueblos que se cerraron y están llevando hacia dentro otra forma de vida, reconstruyendo su

propia vida. Pero en pequeña escala, en lo local, con la familia, con los vecinos incluso, podemos comenzar a formar ese pequeño grupo que empieza a plantearse cómo reconstruir la vida desde abajo de otra manera. A lo mejor podemos meter en nuestra próxima conversación la idea de que lo que queremos es sanar de la salud, de lo que nos ha impuesto la medicina dominante. Plantea cuidar la vida, pero en vez de eso considera la enfermedad como un problema por resolver y la muerte como un enemigo a vencer; cada muerte sería un fracaso de los médicos que no consiguieron evitar la muerte de una persona. Necesitamos sanar de toda esa mirada.

En general, relacionamos la obediencia con el autoritarismo, con el antropocentrismo, pero poco se habla de la relación que tiene con cómo pensamos y vivimos. Regreso a la experiencia de la influenza, en la que no sentí tanto miedo. Desobedecimos y no pasó nada. Muchísimos años después me dio influenza, me la traté y nunca más me volvió a dar. Se me ocurre pensar que va a suceder lo mismo con el coronavirus, vamos a seguir haciendo nuestras vidas hasta que se normalice la idea de que hay un virus.

Creo que también pensaría en la cuestión de la desobediencia, no de la desobediencia irresponsable, sino de ese tipo que nos devuelve la capacidad de asumir nuestra sanación, alimentación, qué comemos, qué sembramos, y así evadir muchos pretextos que poníamos, como por ejemplo “es que no tengo espacio”, “no tengo tierra”, ahora es incluso una posibilidad que se puede empezar de forma más real.

Otro punto que quisiera mencionar es que parece que no tenemos más remedio, independientemente de nuestras posiciones al respecto, que desobedecer. No podemos seguir obedeciendo al disparate y muchas cosas que nos llevan al abismo. En ese sentido, la desobediencia individual parece aún más peligrosa que los otros dos peligros, y tenemos que plantearnos

seriamente cómo desobedecemos juntos, cómo nos organizamos, juntas y juntos, para alentar la esperanza, para que pueda ganar lo humano, ese triunfo que hace que los niños se abracen y jueguen, se junten y se toquen, independientemente de lo que digan las mamás, ese triunfo de nuestros impulsos naturales para alentar eso. Tenemos que estar juntos, desobedecer juntos, generar comunidad de todas las formas para actuar ante peligros cada vez más graves.

A mí me da miedo la obediencia de la gente a los discursos del gobierno y de los médicos. Parece que les delegamos toda la verdad y estamos al pendiente de lo que se nos dice, de lo que nos recomiendan, y eso anula nuestra imaginación, creatividad, la capacidad de generar y crear estrategias desde donde nos encontramos. Ellos dan recomendaciones generales y hacen una homogeneización de la población. Eso no sirve para todos porque vivimos en diferentes contextos.

Creo encontrar una especie de trinomio, tres conceptos que están íntimamente ligados y espero no meternos en muchos líos filosóficos que, por desgracia o por suerte, es mi formación. Este trinomio lo veo entre obediencia, miedo y ética. La reacción común es obedecer las normas tan estrictas de encerrarse y usar el tapabocas. Creo que el problema es que la obediencia sirve en muchos casos como un disfraz, como una máscara de moralidad o de corresponsabilidad, es decir, cuando yo me muestro obediente puedo tener muchas motivaciones en cada acción de cada persona. La obediencia es una falta de resistencia, una pasividad que, como ciudadano obediente, te hace creer que estás siendo solidario: no salgo para cuidar a los demás, pero en el fondo no te interesa cuidar a los demás, o sea, estás simulando para ti mismo una acción política, cuando en el fondo es una reacción surgida del puro miedo, que no convierte realmente esa acción en un acto moral, un acto político.

Sanar

Quería repensar estas cuestiones con una pregunta: ¿cuál es el concepto de salud? Normalmente salud se relaciona con no estar enfermo. Sin embargo, la sanación tiene que ver más con un hábito, con un ritual que va más hacia el cuidado. Pensaba que tomamos un té no porque estemos enfermos, sino para seguir retomando en la vida cotidiana este hábito de cuidado y amor, que poco a poco ha ido desapareciendo en la vida moderna...

¿Qué pasa si decidimos preparar nuestros cuerpos para el contagio? Yo cambiaría un poco esta pregunta por otra: ¿qué pasa si hacemos de la sanación y el cuidado un hábito y pasamos de esta emergencia a transformar nuestros hábitos y nuestra vida cotidiana? Y eso lo enlazo con la otra pregunta que surgía en la conversación: ¿cómo creamos un espacio para generar otra forma de ser en la vida, o esta vida que sí queremos? Ahora estoy con mi mamá, mi tía abuela y mis tías, y veo que la vida que hacemos en las ciudades nos lleva a una rutina en la que no nos preguntamos qué estamos haciendo, qué estamos comiendo y para qué nos sirve. Por ejemplo, me gusta el café y el chocolate, y en la ciudad por las mañanas me los preparo, pero estaba reflexionando en cómo han sido estos días que he estado aquí. Lo que hace la tía abuela es preparar un té en las mañanas, con manzana, canela, guayaba, cáscara de naranja. Pensando qué implica ese cambio de hábitos, veo también que la sanación es un hábito aquí, aunque no se tome como una meta, como un objetivo, es algo de la vida cotidiana. Y viendo cuáles son las propiedades de la manzana, de la guayaba, de la naranja y de la canela, pues todas ellas tienen vitamina c y diferentes cosas.

Este momento apela a cuestionarnos, a hacer un alto y reflexionar en cómo son esos hábitos que tenemos en la vida cotidiana, de ciudad y urbana, en el lugar donde estemos, qué es lo que

estamos comiendo, qué es lo primero que hacemos cuando nos levantamos y cómo estamos fortaleciendo o debilitando nuestros cuerpos también.

Es necesario destruir el estándar de creencias que nos han dado, poner en duda todo aquello que creemos como salida y que, en situaciones como ésta, los ejecutivos, las empresas y demás, vienen a administrarnos el camino, cuando en realidad tenemos que tratar, fuera de ese núcleo, ver qué caminos tomar.

Y traigo acá unas palabritas de un enfermero de la sierra. Una compañera le preguntó qué era la salud para él, y el señor, reflexionando y sintiendo dice: “Para mí la salud es reír, es estar feliz”. Entonces, con las palabras del compañero, hay que repensar qué es la salud y esos sentipensares. En el confinamiento, en el encierro, estamos en estados de soledad; el otro nos alimenta la parte que también hace la salud.

Hace poco escribía sobre una analogía, justamente en una sala de espera. Nos quedamos ahí, esperando que los expertos nos dieran información de nuestro paciente, que nos dieran una señal. No se trataría de irrumpir en el hospital porque no hace falta colapsarlo, colapsado ya está, quizás hace falta salir del hospital y de esa lógica, encontrar otras formas propias, formas de hacer posible una sanación que no dependa de la enfermedad, sino de formar un hábito de vida, en el que el cuidado de la vida y el cuidado propio se forman en lo cotidiano, y no solo en momentos de emergencia o enfermedad.

Me llama la atención la perspectiva que se da sobre esta capacidad que hemos perdido de vivir nuestros cuerpos con lo que eso implica; con el sufrimiento de por medio y con la idea de que el sufrimiento debe ser eliminado y, por lo tanto, la muerte también. Hemos dejado de tener una vida y una muerte digna bajo ese supuesto. Algo que me gustó mucho es recuperar el

cuidado mutuo que se ha perdido. Antes, si tenías fiebre, pues la mamá o el hermano mayor o alguien te cuidaba, te ponía alguna bandita en la frente para disminuir la temperatura, te hacía caldo de pollo. Ahora se busca que todo pase rápido, que no tengas esos síntomas, y creo que eso también ha generado que estemos cada vez más distantes de nuestro cuerpo.

Una clave de lo que se mencionó es la necesidad de estar más en lo concreto, salir de las abstracciones. No sé si soy muy bueno para eso, voy a intentarlo. Cuando estoy frente a una enfermedad, he aprendido a preguntarme ¿qué mensaje me está mandando? Hablo desde la enfermedad como una oportunidad de autocuración del cuerpo, puede ser el cuerpo individual o de la sociedad. Entonces, algo se está tratando de curar.

Como sabemos, las enfermedades a veces son mortales. En este caso, esperemos que no sea así, que estemos a tiempo de ponernos a escuchar y descifrar qué dice esa particular enfermedad, a partir de la cual se generó esta crisis. A veces, una buena pregunta es qué hace esa enfermedad en mí, o sea, qué podría hacer yo para que la enfermedad no necesite más hacerlo.

Hace más de 10 años conocí una técnica de sanación alternativa porque dejé de creer en la medicina alopática que no nos ve como seres integrales. Esa técnica es más holística y afirma que lo que nos enferma son las emociones, y que, si nos da una enfermedad, efectivamente es para enseñarnos algo. No es que el virus llegue a ti por casualidad y te enferme; hay un trasfondo, por eso no a cualquiera le va a llegar. Y, a partir de eso, en esta pandemia realmente he estado muy tranquila porque ya son 10 años de trabajar con eso, de no tenerle miedo a la enfermedad. En ese grupo de sanación conocí a varias personas, después nos hicimos papás y coincidimos en una comunidad desescolarizada. Fue como ligarlo, preguntarnos, así como con la medicina, sobre la educación.

¿Cómo posicionarnos ante todas estas formas de cuidarnos y de saber del cuerpo y de la salud sin estar dentro del sistema hegemónico? La homeopatía no es un sistema alternativo y complementario, hay muchos sistemas de salud que no son reconocidos. La homeopatía tiene tratamiento para el coronavirus, pero su función es la prevención, fortalecer el sistema inmunológico, el cuerpo, para que no lleguen este tipo de agentes al cuerpo y, si llegan, poder crear otro tipo de comunicación. Yo soy buscadora de formas de sanar y de curar. Encontré un video de una médica de Estados Unidos, en una serie que se llama “Pandemia”, y desde este sistema médico occidental alopático hay muchas personas que están buscando alternativas. Hay un campo muy grande, en el mundo, de médicos que se formaron en el sistema hegemónico pero que no lo están siguiendo.

Quisiera repasar que, en las condiciones reales, parece que va a ser virtualmente imposible evitar los contagios. Ni el confinamiento, ni el cubrebocas, ni la sana distancia serán una prevención adecuada, y esto sigue aumentando el miedo al contagio. Parece que hay un razonable consenso en que la mejor defensa, la mejor protección que puede imaginarse es estar sanos, para cualquier grupo en cualquier circunstancia, y eso es algo en lo que deberíamos estar ocupados con o sin pandemia, y esto exige algo más difícil: vivir sanamente. Tendríamos que estar viviendo sanamente para estar sanos. Para eso necesitamos repensar qué es esto de la salud, lo que se nos ha impuesto que es la salud. En la búsqueda de alternativas se llega a considerar muy patológico buscar “la salud”. Quizá en lugar de buscar medicinas alternativas deberíamos estar buscando alternativas a la medicina.

Hablé con mi compa que tuvo coronavirus; ella está muy interesada en diálogos entre creencias, y así hablamos de que el caso del coronavirus puede ser un buen ejemplo práctico de cómo es necesario e importante el diálogo entre creencias. Lo

que ella vio es que también su hija de 14 años enfermó, y por eso tal vez se quiso aguantar en la casa y se involucró en ese diálogo. Conoce a personas de la India que son especialistas en ayurveda y medicina de hierbas, y recibió bastante ayuda de sus amistades de diferentes creencias y culturas, mientras que el sistema se la negó, solo le dijeron “quédate en la casa y se te va a pasar”. Esto también le ha pasado a otra señora, quien escribió que su marido se puso muy enfermo y solo porque ella presionó, lo aceptaron en el hospital, pero se curó con hierbas y con meditación, concentrándose en puntos de dolor. Esta enfermedad ilumina la necesidad de otro tipo de medicina.

El coronavirus es una enfermedad de autoinmunidad que muchos tienen; 13% tiene daños en los riñones y hay diferentes síntomas. Tiene que ver con la resistencia del cuerpo y por eso deberíamos fortalecer el sistema antes, con alimentación nutritiva. Mi marido es oaxaqueño y sus abuelos fueron curanderos, por eso sé cómo comen nutritivo en la casa y así se están curando diario. Como no hay pruebas, los números quedan bajos, aquí no tenemos tantos, pero ya sabemos, se da un poco más de inseguridad. Aquí lo que interesa más es abrir la puerta a la soberanía alimentaria y tener los propios huertos; en este caso, eso interesa.

Pensaba en el cuidarnos como un ritual. Muchas veces los temas de sanación los tomamos más en cuenta cuando nos sentimos enfermos. Estoy convencida de que la sanación no es respecto a una enfermedad o no necesariamente está ligada a la enfermedad; yo tomaría la sanación como un ritual. Puedo recordar a mi abuela curándonos, y eso formaba parte de un ritual, pero no era en un momento en que nos sentíamos enfermas. Mi tía abuela nos da tés por las mañanas. Tiene varios hábitos para cuidarnos que forman un ritual cotidiano, es una forma de demostrarnos su cariño y va más allá de una enfermedad; más bien es tener otro estilo de vida, construir estos otros cotidianos que no serían los de la normalidad impuesta, sino de quienes quisiéramos cons-

truir esa comunidad y esos sentidos rituales de cercanía y de cuidado, no nada más en momentos emergentes.

Un segundo punto que quisiera subrayar es que, al imaginar respuestas, es muy importante que tomemos en cuenta el enfoque intercultural, el del pluralismo cultural. Sabemos que la ciencia médica dominante ha demostrado gran incapacidad para identificar el problema, en la prevención y el tratamiento. En cambio, estamos encontrando que hay saberes y tradiciones que son eficaces tanto para prevenir como para tratar. Por ejemplo, uno de los gurús en homeopatía de la India ha estado tratando con éxito casos muy graves de quienes habían contraído el virus. Lo mismo podemos decir de otros recursos de tratamiento y prevención por parte de tradiciones que no corresponden a la ciencia médica dominante. Al pensar en nuestras respuestas, dada la gravedad de lo que tenemos enfrente, debemos abrir nuestros ojos, cabezas y corazones a una variedad de maneras de percibir qué es la salud, la enfermedad y qué hacer frente a estos peligros, tanto en lo que se refiere al virus como a la gravedad de la respuesta sociopolítica.

Estamos invitados e invitadas a ampliar nuestras nociones y significados de varias cosas, por ejemplo, de enfermedad. ¿Qué es enfermarse? Tenemos una concepción fatalista, completamente remitida a lo biológico, a lo físico. Se nos olvida que, por ejemplo, las personas que somos madres y padres, en lugar de temerle a la enfermedad, tenemos una oportunidad de que se fortalezca tu hijo o tu hija. Las fiebres no son horribles, es lo que te regala el cuerpo para matar a esos bichos; entonces, es como darle la vuelta a que la enfermedad es lo peor que nos puede pasar, puede ser una oportunidad de fortalecimiento del mismo cuerpo, de abrir canales hacia nuestras emociones y sentimientos. No es nada más como “¡ay!, me enfermo y ya saqué cero en el examen porque sí me dio el covid”; si me enfermo, tengo que preguntarme qué tengo que ver. Ampliar la visión.

El arte de sufrir y de morir

Podemos empezar a repensar las cosas con otras culturas, con otras percepciones, como se ha dicho aquí, en las que la enfermedad y la muerte son compañeras. Puede recibirse la “noticia” de la muerte generosamente y verse de manera muy distinta a como se ve desde arriba.

Eso me lleva a que necesitamos repensar qué tanto este miedo está anclado al miedo a la muerte. ¿Cómo estamos percibiendo la muerte, como pérdida o como trascendencia? Y necesitamos hablar del valor que concedemos a la vida en relación con la muerte.

Me gustaría compartirles una tensión que veo, con base en el pensamiento de Iván Illich, de defender la vida a toda costa, que evidentemente es algo a lo que hay que renunciar. Como decía la compañera de Brasil que hablaba de que hay vidas que han sido vividas en un entorno de amplio sufrimiento y de pronto se presenta el dilema de si valdría la pena conservarlas... Pero me parece que hay una tensión entre defender la vida y aceptar el veredicto médico institucional. No me refiero a los médicos en primera línea, porque a final de cuentas ellos no serán quienes tomen la decisión, sino un equipo que estará muy lejos de los contagios. Me parece que la salida implica aceptar la muerte con conocimiento, libertad y llevar la enfermedad con herramientas médicas socializadas. No creo que valga la pena defender la vida a toda costa, pero personalmente no estaría de acuerdo en aceptar el veredicto médico institucional. No resuelvo esta pregunta. Socialmente hay que buscar las salidas, pero sin duda en el sentido rebelde, contra la institución médica, no contra el personal médico, sino contra el veredicto anclado en una guía bioética que es ecofascista a todas luces.

Dos son las capacidades a las que Illich se refiere en particular, la capacidad de vivir el sufrimiento y de morir la propia muerte, pero no creo que sea vivir ese sufrimiento en términos judeocristianos ni tampoco la muerte. El arte de saber sufrir fue desplazado por la expectativa de que todo sufrimiento, todo dolor, puede ser aliviado por la medicina moderna. Como él dice, se forja la creencia de que el sufrimiento constituye una anomalía o un error técnico, no una experiencia humana general. Creo que esa es la parte de cómo ayudamos a despedirnos de nuestros seres queridos y cómo ellos viven ese retorno para su siembra en la tierra. Ese acto íntimo y personal del que cada quien puede hacerse cargo y es muy valioso, pareciera un fracaso sin sentido del tratamiento médico.

Usando el argumento de Illich, hablando de las supersticiones, me pareció muy fuerte la superstición del sufrimiento y la muerte, es decir, qué costo estamos dispuestos a pagar en torno a una vida a escala humana que exige un tipo de sufrimiento o un tipo de muerte. Ahí me quisiera meter un poco en el pensamiento católico, porque veo una noción en el médico muy gnóstica, muy herética en ese sentido. Veo que hay una especie de infierno y paraíso todo el tiempo, utilizando esta dicotomía entre vivir o morir, o alejarnos del dolor o acercarnos al placer, pero creo que Jesús más bien nos enseña que hay dolor y placer celestiales, sanatorios, infernales, de enfermedad, es decir, creo que se están yendo por una vertiente muy supersticiosa de qué es lo bueno y de qué es lo salvífico. Eso me gustaría discutirlo en torno a esta visión teológica, en torno a la superstición, y me parece que podríamos en esa clave católica entender la herejía del sistema de salud.

Creo que el sufrimiento conlleva algún elemento de dependencia, sufrir por algo o alguien, e implica una víctima o un culpable del sufrimiento, mientras que el dolor, quizá, es una experiencia innata al ser humano, o por lo menos por enfermedad, y seguramente se presentará.

Sobre la autonomía del cuerpo y la convivencia con el dolor y la muerte, hay una obsesión de controlar la muerte. Pienso en qué experiencias o pláticas están teniendo algunos de ustedes, a lo mejor con poblaciones en territorios racializados, sobre todo en las ciudades grandes con gente que no experimenta en la vida cotidiana la idea de salud pública. Como no hay salud pública estatal, no hay movilidad, en territorios como las favelas, por ejemplo. Siempre ha habido control del sistema, pero por ausencia, y no hay muchas expectativas de longevidad porque ahí se experimenta la muerte prematura y violenta. También la experiencia con la libertad civil es muy frágil.

Como el tiempo en que estamos viviendo, por lo menos la mayoría de nosotrxs, es la modernidad, la seguridad es el máximo valor y, por lo tanto, también la ignorancia de todo lo que amenaza a esta seguridad. La amenaza principal es, por supuesto, la muerte. ¿Qué diría Illich o qué sugerimos desde nuestras mentes y corazones? ¿Qué es lo que faltaría para reaprender este arte de morir o manejar el dolor?

Y sobre la muerte, a veces pienso en los movimientos sociales y cómo nos contamos que nuestra lucha es por la vida, pero ¿qué tanto de eso es una reproducción de los tiempos y el lenguaje de la biopolítica a rajatabla que no quiere decir que tengamos que aceptar que vengan virus y nos maten porque hay divisiones sociales? Obviamente, no todos nos vamos a morir igual, por eso la idea de repensar la muerte y la forma de morir, especialmente en el México de abajo, del duelo, del condolerse, del poderse abrazar cuando partimos de esta vida. Creo que ahí hay cosas que reconsiderar a partir de Illich.

Necesitamos reflexionar sobre cómo está conectado el cuidado de la vida con el cuidado de la libertad y cuándo se puede renunciar a uno en nombre del otro, cuándo se puede renunciar a

la libertad en nombre de la vida y al revés. No es siempre igual y, seguramente, es un momento en que nos ponen a pensar en eso.

Debemos reconsiderar las nociones de enfermedad y de muerte. Se nos ha enseñado que la enfermedad es el enemigo, algo que nos ataca, que debemos resistir, y que la muerte es algo que hay que combatir y posponer lo más posible. Hay otras versiones que muchos conocemos en que la muerte es compañera y la enfermedad forma parte de la vida, y que quizá podemos pensar qué es eso de dar la salud, la enfermedad y la muerte.

Lo que estamos padeciendo, que nos hace quedarnos aislados, distanciarnos y adoptar una serie de comportamientos, es el miedo a enfermarnos de este virus del que se sabe poco, pero que en cierto número de personas es mortal, por lo que no queremos enfermarnos y morir. Se me ocurre que quizá lo que nos está pasando es que se nos presenta de manera muy aguda un miedo a vivir cuando estábamos viviendo dentro de una burbuja en la que nos habían atrapado con algunas certezas, comportamientos, maneras de ser, de estar en el mundo.

Vivir como lo que somos, retomando una conciencia de lo que somos implica vivir naturalmente en la incertidumbre y el riesgo. Estamos cotidianamente expuestos a millones, trillones de bacterias y de posibilidades de enfermarnos y morir. La relación con la enfermedad y la muerte es distinta en todas nuestras culturas, pues en ellas, en general, se perciben de modo muy diferente a la mentalidad dominante que ve la enfermedad como un enemigo al que se le debe ganar, al que hay que vencer.

Ya varias veces se mencionaron otras nociones de enfermedad y cómo podemos aprender de ella, pero independientemente de eso, sabemos que podemos morir en cualquier momento, que esa es nuestra condición. También sabemos que la condición en la que vivimos puede alterarse de mil maneras emocionales o

físicas, y que no tenemos ninguna certidumbre, sabemos que el futuro no existe, o si existirá para cualquiera de nosotros, no sabemos si el día de mañana tendrá alguna posibilidad para cada uno de nosotros.

Parece que ese miedo que estamos compartiendo es, finalmente, el miedo a vivir como debemos hacerlo los seres que somos, seres concretos, limitados, mortales, esos seres que habíamos estado dejando de vivir de esa manera. Estábamos acostumbrados a vivir con un horizonte en que éramos parte de una población, de una sociedad, y nuestra mirada, nuestro horizonte, era el planeta, el país, la sociedad en su conjunto, el capitalismo, la sociedad total, y no estábamos viéndonos en nuestra limitación, en nuestra raíz, en nuestra forma concreta de existencia.

La nueva normalidad

¿A qué le llamaremos normalidad? Hay posiciones muy diversas de la normalidad de arriba y de abajo. ¿Es posible alguna forma de normalidad? ¿No estaremos viviendo ya en una emergencia permanente porque el mundo que teníamos ya murió y no podrá volver?

La vuelta a la normalidad se relaciona con la ciudad pequeña donde vivo, el salir de casa nunca estuvo prohibido, pero durante el periodo intenso casi nadie se atrevía a salir. Los primeros que se abrieron fueron los espacios comerciales, después de que pasara el periodo fuerte. Ahora, en Alemania, también las máscaras se han vuelto obligatorias; los maniquís de las casas de moda llevan mascarillas acordes al color del vestido.

Se han abierto poco a poco las escuelas, los grados más altos, las plazas de juegos para niños. La obediencia en la sociedad alemana tiene historia, así que aquí es difícil ser desobedien-

te. Sin embargo, hay actividades pequeñas, cotidianas, de más desobediencia, que se van dando; lo veo como simplemente escuchar lo que cada quien considera una actitud de reconstrucción de la humanidad y de colectividad en su entorno.

Aquí en el sur de Alemania ya se están levantando las medidas más estrictas de la pandemia, también en relación con las escuelas. Me parece muy preocupante lo que sucede. Trabajé hasta el 31 de marzo en un kindergarten durante siete años, y ahora los niños están volviendo a asistir, solo en pequeños grupos, para los padres que trabajan en alguna profesión específica, y hay medidas que no comprendo muy bien. Por ejemplo, los niños pueden jugar dentro del grupo abiertamente, cinco o seis niños por grupo, pero no pueden intercambiarse entre grupos. Antes se podía visitar a lxs niñxs de otro grupo y jugar entre ellos en las habitaciones; ahora solo se permite eso al aire libre. Si salen al pasillo o al baño tienen que ponerse mascarillas.

En las áreas públicas de juego, han hecho mediciones respecto al área de uso. Por ejemplo, en uno de los parques cercanos a casa solo pueden entrar 15 niños, y hay un cartel dónde se manifiestan las cosas que se pueden hacer y las que no. No se puede compartir comida ni acercarse. Al principio estaba muy asustada con estas medidas. En los colegios también están yendo, solo la mitad para sentarse en un escritorio y no se pueden mover como antes en el salón. Son medidas muy fuertes y coercitivas. Por otro lado, veo que en la realidad esto no se cumple, porque es imposible pedirles a los niñxs que jueguen en una plaza sin acercarse, es como si la gente que produce estas medidas no estuviera consciente de la palabra juego. Cuando salgo con alguno de los niños vecinos a pasear, a tomar helado, veo que las medidas están en carteles, pero la vida misma sobrepasa eso y los niños y las niñas juegan libremente y los padres de familia tampoco están presionando tanto para que se cumplan. Eso me permite respirar.

Esta expresión que han acuñado de “la nueva normalidad” no me gusta, y calculo que a ustedes tampoco. Esta imposición dictatorial nos aleja del contacto humano y nos marca el camino. Hay incertidumbre e improvisación en todo esto, porque los médicos, los científicos y todas las personas abocadas al estudio de esta enfermedad provocada por el virus, están improvisando permanentemente; te dicen una postura, luego se desdicen y dicen otra, y resulta muy difícil para las personas que no tenemos ese conocimiento.

Para retomar nuestras vidas, primero tenemos que despojarnos del miedo. Justo ahora, con esta campaña mediática comunicacional, creo que infecta más el miedo mediático que el virus. Hay que prescindir de esa contaminación mediática y retomar nuestras actividades sin miedo.

El virus va a seguir existiendo y tendremos que convivir con él. Tenemos que hacer un ejercicio de conciencia de que la vida continúa; los niños siguen naciendo, los árboles siguen floreciendo, tenemos que comer, la vida sigue y debemos tratar de esquivar al virus sin sucumbir ante el miedo.

Yo tenía dos meses que no veía a nadie, salvo a mi esposa y a mi mascota, y ayer, con todos los recaudos, me junté con mi hermano y su familia. La verdad es que me sentí conmovido al volver a tener ese contacto. Antes, el miedo era para meternos y ahora es para sacarnos. Te vas a morir de hambre, salte. Es muy siniestro.

Ahora que estoy en la ciudad, me tranquiliza ver que entre las personas de las que estoy cerca —una tía que vive en el barrio— no hay miedo; incluso este par de días han sido momentos en que hemos podido estar juntos en el desayuno y la comida, espacio que no habíamos tenido antes. Creo que pensar la nueva normalidad con más tiempo para convivir con personas cercanas sí me gusta...

El virus llegó para quedarse

Pedí la palabra para sugerir que, a lo mejor, podemos dedicar un tiempo en esta sesión a un ángulo diferente del que hemos usado hasta ahora. Se trata de preguntarnos seriamente qué hacer ante el hecho de que el virus llegó para quedarse. No hay ninguna posibilidad de que desaparezca de nuestra perspectiva. Si llega a haber una vacuna en un par de años, no será universal y no podrá considerarse la liquidación de la amenaza. Los gobiernos están en este momento muy interesados en reanudar actividades por razones económicas, están muy preocupados por lo que crearon y no saben cómo salir de esto.

Lo que se está planteando es que no tiene tratamiento, aunque se busca desesperadamente. La industria farmacéutica hace esfuerzos y empieza a mandar todo tipo de medicamentos para ver si pueden hacer negocio con la pandemia. No parece haber en perspectiva ningún medicamento eficaz, porque ni siquiera han logrado caracterizar con precisión la enfermedad que se atribuye al virus.

Tenemos una situación en la que el virus seguirá ahí. Lo que representaba amenaza y peligro permanecerá y, más allá de lo que hagan los gobiernos en pánico en todo el mundo —y lo vemos en el pánico del gobierno mexicano—, tenemos que preguntarnos qué hacemos nosotros en estas circunstancias, ¿en qué consiste la vida para nosotros? No en la nueva normalidad de la que hablan ellos, sino en lo que para nosotros sería volver a nuestra vida. ¿Qué significa?, ¿qué hay que hacer?, ¿de qué manera nuestras comunidades pueden volver a tomar su camino e, incluso, aprovechar esta oportunidad para hacer muchas cosas que no han podido hacer por restricciones de afuera, del mercado y del Estado?

En comunidades de Oaxaca, por ejemplo, muchas decidieron cerrarse y, aún en este tiempo, solo permitir el acceso a alimen-

tos y productos básicos, y cerrarlo a empresas transnacionales, como Pepsi, Coca-Cola, Gamesa. Podría imaginarme este aspecto de la nueva normalidad, donde hubiera nuevas formas de replantear la vida cotidiana. Se hablaba de la medicina alternativa y se estaba difundiendo un compilado sobre plantas medicinales que, justamente, surgió en esta coyuntura. Me quedo pensando cómo vamos a retomar la capacidad que tenemos y que habíamos cedido a otros para que resolvieran cuestiones básicas de la vida cotidiana.

Me gustaría pensar la nueva normalidad en el entendido de que el virus permanecerá sin cura de manera permanente en los próximos años. Hay dos maneras de pensarla: una, aceptando el virus, el contagio, considerando que sí, efectivamente, me voy a contagiar, y será inevitable; la otra opción es seguir pensando la nueva normalidad a partir del miedo o la negación, que no me voy a contagiar o no quiero. Trato de entender esto a partir de los dos caminos, pero puede haber más, los que quieran, según su realidad. Y, trayendo a colación algo que mencionó María Galindo, me pareció formidable que ella cierra con la siguiente frase: “Que el contagio o la muerte nos pesque besándonos, que el contagio nos pesque cantando, haciéndonos el amor, porque el contagio es como respirar”.

Me gustaría referirme a lo de la parte educativa, porque al repensar la pandemia desde la educación, me parece muy importante añadir el tema de la virtualidad, de cómo nos estamos dando cuenta de que los espacios no son cuatro paredes y que, sin embargo, hemos tenido esta relación mediante un aparato, una herramienta que nos hace participar en muchos otros lugares. Por ejemplo, me puedo conectar desde Colombia y tener este tipo de comunicación con ustedes y este tipo de participación. Sin embargo, desde la información, nos enfrentamos a una crisis informática, a una no verdad, a una información no oficial y a *fake-news* (noticias falsas). Nos estamos

enfrentando a cómo asumir esa información internamente, en lo personal, y esto puede hablarse desde la salud mental y la pandemia. Es un conjunto de muchísimas situaciones, y podemos repensar cómo estábamos, qué es ese término de normalidad, ese ritmo de vida que habíamos tenido y esto nos hará pensar un nuevo modo de vida, desde las crisis que esto ha traído, desde el trabajo, por ejemplo.

Vivir con el virus significa hacernos cargo de las contradicciones que se develaron con la pandemia. Recientemente han circulado varias opiniones sobre cómo la industria alimentaria es un campo de cultivo de las futuras pandemias y, pegado a eso, están los discursos oficiales que profetizan que va a ser el siglo de las pandemias y, más que nada, es poner esos comunicados sobre la mesa.

Yo lo veo más como que, de entrada, se inhibe la posibilidad de asumir otras formas de supervivencia, al menos en lo que respecta a la alimentación, y como una condena para el resto de la población, pues si quiere seguir consumiendo alimentos, tendrá que asumir los riesgos que implica en este sistema.

Debemos quitarnos la idea de que volveremos a la normalidad o a una nueva normalidad al término de la pandemia. El reto más bien es cómo habitamos estas nuevas circunstancias ante el panorama de que el virus no se va a ir y no habrá cura para todos.

También pensé acerca del desempleo con la crisis. Antes tuvimos desempleo de 26.5% que, con el gobierno más derechista de antes, no se veía, porque muchos eran recompensados por los gobiernos, pero en realidad eran desempleados. Ahora la cifra aumentó tremendamente porque las fábricas se cerraron, y ya hace 10 o 15 años se fueron desde Finlandia a China a la manufactura y la sección forestal. Es de verdad una muestra de que necesitamos hacer algo nuevo con este modelo que tenemos. Espero y pienso que será el mismo efecto en otras partes,

ese desempleo es un grave momento para la sociedad y se necesita una reconstrucción estructural en nuevos términos.

Han pasado dos cosas bastante excepcionales: el cierre de las escuelas, de todas, y que el ritmo de trabajo capitalista se ha vuelto más lento. En general, se ha vuelto más lento o ha parado para muchas personas y eso, para mí, crea condiciones muy interesantes para volver a mirar hacia adentro y dar espacio a una cantidad de aspectos de la vida para los que no tenemos tiempo normalmente. Aunque estemos superconscientes de nuestros ritmos de militancia, tienen la misma velocidad del capitalismo, y para mí ha sido —y creo que para muchas personas—, paradójicamente, un espacio de sanación. Poder conectarse con lo que no está establecido o marcado por el ritmo de trabajo capitalista y encontrar nuevas maneras de convivir, de estar con los niños y en medio de esta situación. El miedo, esta limitación a la vida, por un lado, pero por otro, como que se abre un margen.

Muchas veces esa rebelión está capturada por elementos de la extrema derecha y, básicamente, están protestando contra las restricciones desde la perspectiva de que las vidas de los más vulnerables, y los que no son esenciales para el capitalismo, no importan, y por eso deberían abrir la economía para que ellos, que también son parte de la clase trabajadora, tengan un beneficio mejor. Entonces ¿cómo pueden los movimientos libertarios, sociales, canalizar ese resentimiento contra la autoridad del Estado y adoptar otras posiciones en protestas y acciones públicas que puedan atraer a esa gente que tiene ese sentimiento legítimo?

Nuevas narrativas

Tiene que ver con la cuestión de renombrar, y en el texto se habla del surgimiento de la población. Ahora estamos hablando de los perfiles y, en el contexto, con lo que me quedo y me interesaría

continuar tejiendo es este asunto de cómo evitamos que esta sensación de expansión, de vulnerabilidad y construcción de víctimas se expanda. Finalmente, está la pregunta de qué sería todo esto, o qué posibilidades imaginamos que ofrecería en caso de no estarle llamando pandemia, sino de otra manera. ¿Nos posibilitaría no actuar desde la angustia y el miedo, sino desde un sistema orgánico que nos permitiría comportarnos como anticuerpos para reaccionar al virus? En esa medida están todas las reflexiones que se pueden hacer desde las responsabilidades que tiene la industria, capacidad que tiene de ubicarnos en una angustia similar a la de la guerra, pero también mirar qué incluye lo global y que no. Desde el Pacífico colombiano, las mayores reflexionan sobre cómo llega la percepción sobre la enfermedad, y lo que una mira y escucha es que están pensando que llegue como un tipo de influencia condicionada por la forma en que comemos y trabajamos, por el aire que respiramos, y qué tanta conciencia del cuerpo tenemos y cómo propiciamos la reflexión por el cuidado y la vida desde la perspectiva que se ha mencionado acá, y no simplemente una vida herramienta o para la productividad, sino que tenga contextos de dignidad.

Entre las reflexiones filosóficas, hay una sobreproducción y entiendo que nos puede dar horizontes sobre el cotidiano y en dónde estamos viviendo. Me parece que están invitando a repensar categorías y creo que a algunas podemos incluso darles la vuelta. Una tiene que ver con la palabra *pandemia*, qué pasaría si la pensáramos de otra manera. Revisé que en griego significa “todo el pueblo”, no habla de enfermedad, no es todo el pueblo enfermo. Recuerdo una conversación que tuvimos en un programa con Cabezas, un autor chileno que tenía un texto llamado *Sublevación y pandemia*, y otro compañero iraní, poeta, que decía que en su país esto era como una huelga general. El que la gente se quedara en su casa estaba siendo como una huelga. Tiene los dos lados, quedarse y no poder salir, lo que implica parar, y las personas que no pueden parar. Hay tantas

aristas desde este aspecto que tenemos que pensarlas todas, unas están contrapuestas y no está mal que haya personas para las que en su vida parar sea una forma de resistencia, y personas cuya resistencia sea salir.

“Virus” viene de planta, de fluir y veneno; fármaco también significa eso. ¿De qué manera virus y fármaco están relacionados, de qué manera podemos repensar esa categoría? Otra palabra que pensaba es *contagio*, porque un texto de Giorgio Agamben decía que contagio viene de contacto, y que implicaba perder contacto o contagiarnos de nuestra afectividad como seres vivientes.

Recuerdo que, al principio de esta pandemia y con el exceso de noticias y los esfuerzos por reflexionar pronto, hubo quienes tomaron de inmediato *La peste* como una referencia, un texto que podía ayudar a reflexionar, sobre todo por el carácter de peste, de contagio. A partir de ahí comenzaron a tratarse ciertos términos de otra forma. El contagio de manera positiva y no negativa, otra forma de contagiar sin que esto implicara propiamente algo biológico, una nueva noción de la palabra. Y a mí me parece que esto es muy significativo, tenemos un sinnúmero de fuentes en la poesía, creo yo, no solamente la narrativa.

No solamente deberíamos pensar en gente que hace este tipo de cosas, como escribir, como un deber para ver de qué nueva forma vamos a reflexionar. Es muy interesante, porque creo que con estas fuentes que ya existen, que son varias, tenemos un bagaje cultural enorme en las literaturas del mundo. Nos pueden ayudar también los referentes del pasado y las nuevas formas de enunciar, de leer aquello que no solo nos puede “ayudar” a entender, sino a nombrar de nuevo o a darle otro matiz a nuestras propias enunciaciones, incluso cotidianas.

Me llamó la atención el uso de la palabra *sentipensar*, me pareció maravilloso, no lo había escuchado antes. Existen unas

formas de leer que se dan desde el afecto, no me refiero a sentimientos, sino a estas cosas que pueden brindarnos una especie de bofetada, que nos hacen regresar a lo real. De por sí esta situación nos ha hecho regresar a lo real, también en relación con las sugerencias de reflexión, algo que se había escrito en este texto que nos enviaron. Son estas formas de padecer en el sentido del sentir, no simplemente de construir una emoción, o que primeramente funciona como afecto, como una especie de fuerza que choca y que nos hace despertar. Creo que también existe un repositorio muy grande de lo literario que, más allá de imaginar otros mundos, a través de una perspectiva que puede parecer muy lejana, nos puede hacer regresar a voltear las cosas, a crear una nueva noción de lo real.

SEGUNDA PARTE MÁS ALLÁ DE LA PANDEMIA

Ante la crisis general de las instituciones, en particular en la educación, la medicina y el transporte, las anticipaciones de Iván Illich no solo permiten entender más claramente lo que está pasando, sino que también nos dan esperanza y sentido. La pandemia no viene a cambiar las cosas, pero hace evidente la crisis del Estado y sus incapacidades. Con Illich podemos plantear seriamente cómo ir más allá de la pandemia misma para salir al mundo sin tanta incertidumbre. Necesitamos, ante todo, construir una agenda propia que nos deje pensar más allá de la pandemia.

Más allá de las creencias dominantes

Una parte del problema que enfrentamos hoy es que, para la mayoría de nosotrxs, la realidad se convirtió en religión. Hay tres formas religiosas que hemos estado adoptando. La primera, quizá la más importante y la más grave, es la religión patriarcal, conforme a la cual asumimos que no podemos vivir sin jerarquía, con el fascista que llevamos dentro, el que nos hace amar el poder que nos oprime. Criticamos la jerarquía, pero no podemos vivir sin dejar de pensar el mundo con ella. La segunda es el capitalismo. Tomó forma de religión, y los principios religiosos no se discuten. Una vez que se ha asumido el capitalismo o la ciencia como religión, no es posible ni siquiera discutirlo. Las discusiones religiosas son estériles, y la realidad no lleva a cambiar una creencia religiosa. Tenemos un fracaso espectacular del capitalismo y de la ciencia, con una ciencia impotente, incapaz de entender lo que está pasando, pero la creencia en la ciencia, en el capitalismo o en el consumo, no se pierde por fracasos de la realidad o por discusiones, sigue otro camino. Esto nos lleva a pensar que

el esfuerzo de cambiar el comportamiento de los demás, nuestro comportamiento o el del gobierno —cuando están asumidos como religión (tercera forma)—, puede ser un camino estéril, y esto no es lo que se requiere.

Sanar de la salud

Somos dependientes de un sistema de salud que, lejos de sanar, enferma, que prepara nuestros cuerpos —tanto físicos como sociales— para ser vulnerables y dóciles. Es importante ahora sanar de la salud. Lo que estamos viviendo nos va obligando a recuperar la sanación, a tomarla de nuevo en nuestras manos. Quizá la medicina alópata no es mala en sí misma y puede ser útil en ciertas circunstancias. El problema como sociedad es que la hemos tomado como una medicina para todo, para un dolor de cabeza, para un mareo, para todo. Es justo este abuso el que nos trae consecuencias graves, sin olvidar los efectos nocivos de los productos químicos y los tratamientos mal recetados. Es una medicina que se enfoca en el síntoma y no en la complejidad de la enfermedad, por lo que es preciso formarnos un criterio ante un discurso que nos impone los suyos, que están muy alejados de nuestro vivir. Empezar a identificar para qué nos sirve el sistema de salud moderno y para qué no, podría ayudarnos a hacer un balance.

Habitar de nuevo nuestro cuerpo

Con todo esto, entendemos que es importante poner en diálogo saberes que históricamente han sido reprimidos y saberes distintos. ¿Cómo poner a dialogar el conocimiento científico de la salud y la sabiduría ancestral de sanación? ¿Cómo pasamos de ese diálogo de saberes a un diálogo de vivires? ¿Y cómo esto puede ayudarnos a evitar esta pandemia y el horror de la sociedad actual?

Revitalizar los estilos de vida tiene que ver con una recuperación de los saberes ancestrales para llevarlos a la práctica. En este sentido, la alimentación es una cuestión central ante la pandemia. Lo que nos enferma es la falta de energía que hay en los alimentos, la falta de nutrientes, porque las industrias alimentarias le quitan todo a nuestros alimentos. Cuando cultivamos, cuando preparamos nuestra comida de manera amorosa, el cuerpo siente esta fuerza vital. Por eso es valioso tener autonomía alimentaria y autonomía de la salud, para recuperar nuestro cuerpo. Sembremos en un sentido no utópico, no tratando de prescindir de lo que hay afuera, sino de ir recuperando la capacidad de darnos tiempo para generar nuestros propios alimentos, con una conciencia de lo que es habitar el propio cuerpo, la autoobservación. Más que curar o no, podríamos encontrar esta sanación como forma permanente de habitar los cuerpos.

Escapar de la ilusión electrónica

Ligado al tema del miedo, se retoma otro asunto importante: el uso de los aparatos electrónicos y las redes sociales en el confinamiento. Esta ilusión de que el virus es algo que no tiene que ver con nosotros y que simplemente padecemos, esta idea de que hay que enfermarnos lo menos posible y morir los menos posibles —cuando en realidad lo peor que puede pasar son las condiciones sociales de la mayoría—, son situaciones que vienen directamente de internet. Acudir inmediatamente a esa forma de información conlleva también al alejamiento de la vida concreta y real; esto es parte de la misma pandemia.

En este sentido, es también importante preguntarnos: ¿qué tanto retomamos los discursos de guerra a través de los dispositivos y los hacemos parte de nuestra realidad? ¿De qué manera estos dispositivos han generado también dependencias

en nuestra vida? ¿Cómo ir a contraflujo de la codependencia tan fuerte de estos dispositivos en los momentos de encierro por la pandemia? Se trata de crear formas de escapar y de no entrar en el pánico de una realidad construida a través de los medios e internet.

Las falsas alternativas

Hay quienes, ante este colapso, ante esta crisis, están deseando transitar hacia formas más amables de vida. Sin embargo, actúan desde el miedo y optan por soluciones prácticas, pero temporales, sin tomar una posición política, sin una crítica real bien sustentada y asumiendo que solo con las instituciones podemos aprender, sanar y alimentarnos. Así, aun dándose cuenta de que otras formas de alimentación son necesarias, se camina hacia ellas desde la misma dinámica de consumidores, sin insertarse en procesos de alimentación agroecológica y orgánica. Esta manera de accionar desde la misma lógica del sistema es una forma meramente reaccionaria, que no cambia nuestro estatus de consumidor, sino tan solo el producto. La apuesta desde abajo, desde las alternativas, consiste en ir más allá de la simple lógica de hacer juicios, no solo hay que discutir lo que está pasando, sino también qué hacemos y cómo creamos alternativas desde nuestras resistencias. Se trata de buscar soluciones más revolucionarias y menos reaccionarias.

Más allá del trabajo

Un tema que deriva de la reflexión de la vida gozosa y libre es la abolición del trabajo. Mirar el trabajo desde un horizonte político es todo un reto; no verlo desde la posición de empleados ni desde la necesidad de recibir un sueldo, sino desde el gozo, pero ¿cómo ir más allá del hacer que otrxs nos dictaminan?, más allá

de solo cumplir ciertas labores. ¿Cómo deconstruirlas por nosotrxs mismxs? La creación de nuevos mundos implica personas que habitan ya lo que les apasiona, lo que les nutre y les gusta. Es a partir de esto como podemos transformar nuestros entornos.

No van a tener empleo muchas centenas de millones de personas, otras tendrán un empleo degradado que convertirá su casa en oficina. En lugar de seguir peleando para ver si conseguimos que el capital o los gobiernos generen empleo, deberíamos más bien reflexionar, con toda seriedad, en la necesidad y la urgencia de abolir toda forma de trabajo.

Independientemente de sus motivos, la mayoría de la gente sigue metida en la lógica de la productividad asociada al dinero. Ante la incertidumbre de “¿qué vas a hacer sin empleo?”, se opta por quedarse en un lugar en el que no se disfruta, donde no se es bien tratado o donde se es acosado. Siempre hay inquietudes asociadas al futuro y a las “prestaciones”. En vez de preguntarse qué tan a gusto se sienten realizando las actividades que les ordenan, se preguntan cuánto dinero dejan.

Más allá del individuo

Una de las formas en que podemos recuperarnos de este desastre es apostar por la reconstrucción de la comunidad. Mirarnos desde la unión y no desde un deseo individual nos da la posibilidad de caminar hacia otros procesos más autónomos. En este sentido, es importante reflexionar cómo romper alianzas con el capital y crear alianzas con lo comunitario, cómo construir actividades aliadas a la comunidad. No se trata de esas actividades que, a pesar de hacerse desde lo grupal, son individualizadas en tanto que se suman las partes individuales para conjuntar algo más, sino más bien trabajarlo desde lo colectivo, una alianza de comunidad que no solo funciona para los pueblos, sino también para las personas que decidimos ca-

minar juntas hacia algún lugar común. Generar actividades gozosas implica que no sea solo una satisfacción meramente individual, sino que al mismo tiempo que es gozoso para mí, esté contribuyendo a hacer esa comunidad de una manera convivial. Tenemos que encontrar modos de construir espacios de haceres en común; aun en lugares donde el individualismo es muy grande, es importante buscar o abrir espacios que generen más comunidad.

¿Qué pasa con aquellas personas que no han nacido en comunidad, que no han nacido en un nosotrxs y que han sido criados como individuos? Según Iván Illich, el prójimo es aquel que yo elijo. Se trata de una relación de amor, de compasión, de una relación que entablo con el otro. Illich construye una hipótesis sobre la amistad como una categoría política central, que ha de definir nuestra vida a partir de las personas que hemos elegido; hemos convertido en nuestrxs prójimxs a nuestrxs amigxs y hemos empezado a construir con ellxs un nosotrxs nuevo. Un “nosotrxs” no como combinación de los “yos” individuales, sino como un ser que se proyecta en los “yos” singulares, un nosotros que somos y no uno que nos agrega.

Más allá de la necesidad

En esta dirección se van tejiendo preguntas para nuestras próximas conversaciones. ¿Cómo podemos prescindir de todas las necesidades?, ¿cómo empezar a pensar de manera que no tengamos necesidades? Es importante empezar a ver que en algunos casos podemos recuperar aquello de lo que nos despojaron, lo que creó una necesidad. Si voy a prescindir de la educación, ¿qué puedo hacer con los niños si no los voy a mandar a la escuela?, ¿cómo puedo hacer para que vivan de manera gozosa?

¿Qué pasa si al imaginar cómo construir un mundo diferente nos imaginamos un mundo sin necesidades? La sociedad actual se

construyó a partir de grupos que no tenían necesidades, pero al ser despojados empezaron a tenerlas. El capitalismo nació cuando le quitaron sus medios de subsistencia a los comuneros, que por ese despojo empezaron a necesitarlo todo: empleo, techo, alimento... Todo lo que estamos necesitando todos los días es producto del despojo y, entonces, podemos pasar a una recuperación que implique no tener necesidad alguna. No es una autarquía individualista, sino una forma comunitaria de existencia en la que se construye de manera autónoma la vida.

Regresar al mundo real...

El virus está revelando las condiciones inaceptables en que hemos estado viviendo. Hay que reconsiderar qué hacer en términos de prevención y tratamientos alternativos. Hay muchos sistemas más eficaces y más adecuados que los que nos da la ciencia médica corrompida. Pero, más allá de qué hacer en cuanto a prevención y tratamiento, es importante pensar qué hacer si intensificamos nuestras interacciones, si empezamos a vivir en un mundo real construido por nosotros, un mundo de personas que es un nudo de redes de relaciones, que es, sobre todo, esas relaciones y vive en ellas, que implique el arte de vivir y de morir. Si de eso se trata, ¿qué tipo de personas podemos ser? ¿Cómo podemos dejar de ser el molde de ese tipo de persona que actúa colgada del mundo digital para vivir por nosotros mismos con nuestra capacidad de existencia real?

...y reinventarlo

Hay que reinventar el mundo, y para ello es importante aprender de quienes no han estado dependiendo de este sistema. Hay muchas personas que se autoorganizan, que forman organizaciones, que resisten y accionan desde su propia fuerza y

convicción. Es inspirador estar cerca de estas organizaciones colectivas arraigadas al arte de vivir, ¿cómo son estos espacios que están creando otras cosas?

Hay que salir a construir espacios, no solo en las comunidades, sino también en nuestras ciudades. Habría que retomar la salud en nuestras manos, luchar por la tierra, por el agua, por el maíz, por las abejas, salir a la calle para enfrentar la violencia contra las mujeres y los jóvenes. Hay que encontrar esa desobediencia civil consciente, con responsabilidad. Hay formas de relacionarse con las demás personas más allá del confinamiento, sobre todo en espacios abiertos, con el uso de la máscara. ¿Qué pasa con las personas que trabajan de vendedores ambulantes?, ¿cómo hacen para seguir viviendo en su cotidianidad? Se trata de apelar para tomar conciencia de cuidarse mutuamente, pero al mismo tiempo intentar romper de manera responsable lo establecido, no de salir y ser irresponsable en la forma de comportarnos, sino pensando que el confinamiento no es la única solución.

TERCERA PARTE

TRANSITAR LA REALIDAD

Al cabo de seis meses de repensar la pandemia, nos quedó claro que con ella se habían recrudecido las condiciones dramáticas en que se encontraba la mayoría de la gente en el mundo entero, pero no era un agente externo a la realidad social, sino una expresión más, muy espectacular, de un estado de cosas previo al covid-19. Para sentipensar más a fondo la pandemia, pero también para activarnos y organizarnos, no bastaba repensarla. Era preciso prepararnos para transitar por la realidad que habíamos descubierto. Nuestro conversatorio se convirtió en círculo de estudio a partir del 28 de septiembre de 2020.

Estamos en un periodo de despertar colectivo que alimenta en todas partes vientos de cambio. Al coincidir una situación adversa para las realidades y expectativas de todos con la evidencia de que los supuestos remedios institucionales no funcionan, se desgarran el velo encubridor de la mentalidad dominante y se abre una coyuntura de transformación.

Estamos también en un momento de peligro. Tanto la gente como las autoridades recurren cada vez más a la fuerza. Gobiernos en pánico ante la pérdida de su legitimidad y de poder político sumada a la movilización popular se refugian tras el ejército y la policía. La violencia también se extiende y se profundiza entre la gente, incluso en la esfera doméstica. Se generaliza una forma catastrófica de guerra civil y se han suspendido formas civilizadas de convivencia, tradicionales y contemporáneas, en amplios espacios. La pandemia del covid-19 no vino tanto a inaugurar un nuevo estado de cosas, sino a agudizar y a hacer evidentes compulsiones que se venían construyendo desde muchas décadas (si no es que siglos) atrás: los

autoritarismos, el *terricidio*, la violencia patriarcal exacerbada, la ineptitud de las instituciones, los cambios de paradigmas filosóficos y sociales. En otras palabras, quedaron manifiestas las condiciones que aluden al fin de una era y el principio de otra, como una transición que aparece en la propia realidad, no como un proyecto, un propósito o una ilusión.

Es hora de actuar, tanto para impedir el deslizamiento al abismo al que conducen las políticas y acciones de los gobiernos que siguen destruyendo el ambiente y el tejido social, como para impulsar la reconstrucción desde abajo de la sociedad.

Pero es también tiempo de confusión. Por una parte, las presiones cotidianas y el ritmo de las actividades de quienes participan en procesos de cambio limitan sus posibilidades de reflexión y estudio con la serenidad y solidez que se requieren. Por la otra, las maneras de pensar y comportarse parecen cada vez más desajustadas respecto a la realidad. Se hace evidente que los caminos de ayer se han vuelto intransitables o conducen al despeñadero. Los atajos se convierten en rodeos o callejones sin salida. Las controversias —la diversidad de concepciones y puntos de vista— se convierten en polémicas (*polemos*: guerra) que conducen a la fragmentación, la división y la confrontación. Por todo eso, quienes estamos inmersos en el cambio social e intentamos transformaciones profundas desde la base social sentimos la urgencia de reflexionar a fondo sobre la situación; en particular sobre el carácter y alcances de las múltiples crisis que padecemos. Buscamos dar forma a una reflexión militante que nos permita contribuir a construir mundos socialmente justos y ecológicamente sensatos. Se trata de pensar y repensar en serio el momento actual, no desde melancolías del pasado ni utopías futuristas, sino tratando de comprender las tendencias profundas que se gestaron con anterioridad y los horizontes que se perciben desde donde estamos. En definitiva, buscamos pensar la transición en la que nos encontramos.

El ejercicio intenta ajustarse a las condiciones reales de personas envueltas en la acción, más que a las de quienes se dedican al trabajo académico y de investigación. Debido a esto, debemos poner especial énfasis en la tarea de sentipensar y compartir experiencias concretas de alternativas de “carne y hueso”, con rostros y nombres que nos inspiren para organizarnos y actuar.

La reflexión que nos llevó a modificar el sentido de nuestro conversatorio, para que en vez de repensar la pandemia se concentrara en transitar la realidad, coincidió con la celebración de las llamadas “fiestas patrias” en México. Mientras en muchas partes se intentaba ajustar las celebraciones a las condiciones de la pandemia, se manifestaron vigorosas resistencias de quienes mostraban ya su hartazgo con la situación actual y habían tomado la decisión de intentar la construcción de un mundo diferente. Un buen ejemplo fue la *antigruta feminista* que se llevó a cabo en varias ciudades, y que fue quizá la mejor ilustración de quienes expresaron su abierta oposición a los rituales patrios habituales.

El punto de partida para iniciar el círculo de estudio fue la convicción de que no está a la vista la terminación de la pandemia ni de las condiciones económicas, sociales y políticas que se imponen en su nombre. No abandonaremos por completo la reflexión sobre lo que todo eso implica, pero no nos quedaremos ahí. Queremos repensar las muchas otras pandemias que padecemos, para tomar en serio la noción de que estamos en un periodo de transición hacia una realidad diferente, cuyos perfiles aún no es posible acotar. No se trata de apostar a una imagen del futuro o de construir utopías, sino de tratar de identificar tendencias profundas en el presente, si aún quedan algunas. La reconstrucción de los pasados de los que venimos puede ayudarnos a ver con más claridad cómo llegamos a la situación actual, cuáles son sus características estructurales y qué alternativas al patrón general han estado surgiendo.

Nos interesa, en particular, concentrar la reflexión en las ideas que intentan transformar la realidad actual a contrapelo de las inercias dominantes. En especial, sentimos la necesidad de reflexionar más profundamente sobre el patriarcado y su forma capitalista, y explorar más a fondo la hipótesis de que el fin del capitalismo no estaría siendo una oportunidad de emancipación, sino el deslizamiento a la barbarie, el cual constituye a la vez una bifurcación y un momento de peligro. Eso implica examinar a fondo el carácter de diversas formas y estilos del construir colectivo que generan muy diversas alternativas.

Estamos conscientes de que en los más diversos sectores se expresa el deseo de restablecer la “normalidad”, con muy diversas definiciones, y que tiende a darse por supuesto que nada ha cambiado en forma sustantiva. La “nueva normalidad” sería solo una modalidad apenas ajustada del régimen previo. Bastaría usar el cubrebocas y mantener la “sana distancia” para regresar a la actividad “normal”, al mismo mundo productivo y comercial, al empleo convencional y a las condiciones económicas habituales. Se acepta en general que se habrían acentuado notablemente las tendencias al modo virtual de relación, el cual no solo afectaría las condiciones de trabajo de millones de personas, sino que también definiría la forma predominante de realizar innumerables actividades, como aprender, reunirse, divertirse...

El círculo de estudio que iniciamos quiere construirse con la palabra y apelar a ella, a la lectura y la conversa, para el intercambio de ideas y experiencias. Intentaremos construir juntos la definición de nuevas formas de actuar, de hacer, de experimentar la vida, de sentipensarla, tratando de traspasar tanto como podamos las limitaciones del modo virtual que en parte estaremos usando.

Un aspecto central de la reflexión que realizaremos será repensar la relación de la gente con los gobiernos, con lo que seguimos llamando “Estado”. Estamos conscientes de que se han multi-

plicado las relaciones clientelistas que se moldean con los programas sociales del gobierno, que han adoptado como política central hacer a un lado todas las formas de organización social para que las instituciones solo establezcan relaciones directas con los individuos. Se ha utilizado como pretexto de esta política, cuyos operadores actuales criticaron vigorosamente cuando la adoptaron administraciones anteriores, que buena parte de las organizaciones sociales en el país se encuentran corrompidas, lo que es sin duda cierto. Pero es una orientación que está tirando al niño junto con el agua sucia de la bañera. Muchas organizaciones reales, que son expresión orgánica de voluntades comunales y colectivas, están encontrando no solo un muro que se niega a tratar con ellas, sino un dispositivo que intenta desmantelarlas y reconfigurar desde arriba, desde las instituciones y sus aparatos políticos, todas las formas de organización social y política.

El que dos terceras partes de las familias mexicanas estén recibiendo algún apoyo económico individualizado, a través de algún programa social, representa sin duda un alivio para la condición miserable en que se encontraba buena parte de ellas. Conforme a hábitos bien arraigados, creados en el curso de muchas décadas, esto genera diversas formas de lealtad política. Se mantiene o aumenta la popularidad del presidente, pues se alimenta continuamente la esperanza de que se trata solo del principio y que pronto empezará a modificarse en forma sustantiva la condición de la mayoría al llevarse a cabo la famosa Cuarta Transformación —a pesar de que esta sigue colgada de definiciones vagas y de que, lejos de cambiar las condiciones que han determinado la miseria general, las sigue nutriendo, como ilustran bien los megaproyectos.

Al considerar las relaciones con el Estado, será indispensable reflexionar sobre la medida en que están crecientemente condicionadas por factores de fuerza. Se ha mantenido hasta ahora el control criminal de amplias zonas del país: un gran número de

personas sigue expuesta a la continua violencia de todo género de criminales, muchos de los cuales imponen ya las condiciones cotidianas de vida. Al mismo tiempo, se extiende cada vez más el control militar a través de la Guardia Nacional y se amplía la acción impune de fuerzas paramilitares y de grupos de choque que, a menudo, aparecen como metamorfosis grotesca de organizaciones sociales. Se observa así una intensificación del uso de la violencia como forma de determinar las relaciones sociales y las condiciones de vida, como se constata con toda claridad en Chiapas, Guerrero, Oaxaca y otras regiones del país.

Deberá ser objeto especial de reflexión la caracterización política del régimen actual. En el mundo entero parece haber llegado a su término la llamada “globalización neoliberal” al cuestionarse abiertamente toda suerte de arreglos multilaterales y al sustituirse tendencias globalizadoras por lo que aparece como un renacimiento nacionalista, aunque en ningún país —salvo en China, quizá— la creciente apelación a las emociones patrióticas se halla claramente asociada a un proyecto nacional coherente, que en principio parece imposible, pues se mantiene el predominio de las transacciones transnacionales. En todo caso, el cambio de orientación de numerosas políticas no parece haber disuelto las principales orientaciones neoliberales, específicamente en lo relativo al respaldo a la operación del mercado capitalista, de las inversiones privadas, de la apropiación privada de amplios espacios de la realidad social, del manejo de las finanzas públicas y de otros muchos aspectos. Aunque en el caso mexicano parece haberse abandonado la política de achicamiento del Estado, no está en modo alguno claro lo que eso significa, porque se han adelgazado sistemáticamente áreas y aspectos fundamentales de su operación. Igualmente, aunque tanto en México como en otros países se alude continuamente a la soberanía nacional, no parece tomarse en cuenta que su sustancia se ha desvanecido. Ni siquiera los países más poderosos ejercen realmente un poder soberano al definir sus políticas, pues todos

se encuentran expuestos a fuerzas que las acotan en forma decisiva. Tenemos que reflexionar sobre las consecuencias mixtas de los empeños desesperados de los gobiernos por pretender que todavía ejercen la soberanía y sobre la ausencia efectiva de espacios de concertación de las fuerzas sociales y políticas ante la debilidad creciente de las estructuras gubernamentales.

En el caso mexicano, el gobierno ha perdido interlocución real, efectiva, con muchas organizaciones sociales y pueblos originarios, y ha quedado cada vez más al servicio o en asociación con empresas transnacionales y con el gran capital mexicano y extranjero. Ha impulsado cambios legales y constitucionales para facilitar la operación de esos intereses múltiples, a contrapelo de pueblos y comunidades. En la actualidad, el Tren Maya y el Corredor Transístmico ilustran claramente esta dinámica ambivalente. En el istmo de Tehuantepec, los campesinos que antes sembraban arroz o sus cultivos de subsistencia se ven ahora obligados a observar pasivamente los generadores eólicos, se les ha olvidado la forma de trabajar la tierra. Con esas promociones, el gobierno se enfrenta abiertamente a quienes defienden sus territorios y sus modos de vida o a quienes, como los zapatistas, están creando otras formas de existencia social, amable y equitativa y en armonía con la vida y lo vivo.

Nuestra reflexión tendrá que asumir seriamente la incertidumbre radical que se ha producido al desvanecerse las tendencias profundas que permitían anticipar la evolución probable de pensamientos y comportamientos de los diversos actores sociales y políticos. Las tendencias que se observan actualmente plantean una confrontación continua en lo que representa una clara bifurcación, pero se ha vuelto imposible anticipar el resultado. Asumir la incertidumbre será una forma de activarnos en la esperanza, que no es la convicción de que las cosas pasarán de determinada manera, sino de que algo tiene sentido, independientemente de lo que resulte.

Nuestra reflexión se inicia en el contexto de las elecciones norteamericanas, cuyos resultados tendrán sin duda gran impacto en el mundo entero y especialmente en México y América Latina. Aunque debemos dejar de mirar hacia arriba para colgar esperanzas y acciones de lo que pase entre las élites, es indispensable mantener en nuestro horizonte una observación atenta de lo que entre ellas ocurre.

En estas dimensiones es claro que no nos interesa una democracia reducida a un mero procedimiento electoral que, finalmente, está fuera del control de la gente. Nos interesa, en cambio, explorar a fondo la forma de organización democrática de la propia gente, que puede ser contrapeso del Estado y definir rumbos propios. En función de nuestra diversidad y a partir de la voluntad real de las personas concretas, podríamos adoptar modalidades semejantes a las de organizaciones indígenas, de comunidades y de los zapatistas, que se ocupan por sí mismos de regular su vida cotidiana, de poner la vida en el centro de la organización social y defenderla ante toda suerte de agresiones. Una reflexión sobre el Estado no habría de ser sobre las formas de su permanencia, sino sobre las posibilidades de su desmantelamiento y sustitución desde diversas corrientes teóricas y políticas.

Una cuestión central será la alimentaria. Decía Galeano, con razón, que en estos tiempos de miedo global quien no tiene miedo al hambre tiene miedo de comer. Lo ocurrido en los meses de pandemia ha alentado reflexiones e iniciativas concretas que socavaron la anestesia dominante y estimularon el deseo de cambiar, abandonando los preceptos económicos establecidos y el consumismo generalizado. Estamos claramente en la antesala del hambre, que se producirá al mismo tiempo que se agudiza la conciencia de que la mayoría de los alimentos que se ofrecen en el mercado contienen tóxicos y otros elementos dañinos para la salud. La batalla se ganará o se perderá en el estómago, según persista o no el dominio del agronegocio.

Será una cuestión central reflexionar sobre nuestra concepción de la realidad. En buena medida se nos ha educado y programado para que asumamos como reales abstracciones vacías desde las que se nos controla y manipula. Hemos estado dejando de lado la percepción de la realidad concreta en función de nuestros sentidos, para someter lo que vemos y sentimos a nociones y concepciones generalmente impuestas que guían pensamientos y comportamientos desde intereses que no son los nuestros. El capital construye subjetividades y sentimientos y determina nuestras relaciones y las formas en que evolucionan. Tendremos que pensar con toda seriedad sobre la forma de adoptar una perspectiva propia, en que se dé cabida adecuada a sentimientos y emociones. En esa misma dirección, tendremos que reflexionar sobre la manera de abandonar radicalmente la forma en que se nos moldea desde la escuela y con todas las variantes de la educación. En general no está claro lo que significa abandonarlas radicalmente, lo que puede ser indispensable para tener pensamiento propio.

APÉNDICE 1

LECTURAS Y BIBLIOGRAFÍA CONSULTADA

Abadía-Barrero, César E. y Melo Moreno, Marco A., “Repensar la salud desde una Academia crítica y comprometida, Vida, acumulación y emancipación”, *Gerencia y Políticas de Salud*, vol. 13, núm. 27, pp. 41-57, 2014, disponible en: <<http://dx.doi.org/10.11144/Javeriana.rgyeps13-27.rsda>>.

Agamben, Giorgio, Entrevista del 22 de abril de 2020, disponible en: <<https://www.quodlibet.it/giorgio-agamben-nuove-ri-flessioni>>.

Aguilar Gil, Yásnaya E., “El amor por México. En un contexto en el que enfrentamos colectivamente una tragedia se necesitan rituales que marquen un llamado a colectivizar el esfuerzo”, *El País*, 16 de mayo, 2020a, disponible en: <https://elpais.com/opinion/2020-05-17/el-amor-por-mexico.html?event_log=oklogin>.

_____, “Jëen pä'am o la enfermedad del fuego”, en *Todo lo que nos queda es (el) ahora*, San Cristobal de las Casas, Chiapas, La Reci, 2020b, pp. 9-15.

Baschet, Jérôme, “¿Qué es lo que estamos enfrentando? Muchas preguntas y algunas perspectivas en tiempos de coronavirus”, *Comunizar*, 2020, disponible en: <<http://comunizar.com.ar/jerome-baschet-lo-estamos-enfrentando/>>.

Black, Bob, “La abolición del trabajo”, *Autistici/Inventati*, disponible en: <<https://www.inventati.org/ingobernables/textos/anarquistas/Bob%20Black%20-%20La%20Abolicion%20Del%20Trabajo.htm>>.

Ceceña, Ana Esther, Margara Millán et al., “Las tramas que esconde la pandemia”, *América Latina en movimiento*, núm. 549, julio, 2020.

Colectividad Nichim Otanil, *Manual de prevención y tratamiento del covid-19 con plantas medicinales de los altos de Chiapas*, San Cristóbal de Las Casas, Chiapas, 2020, disponible en: <https://www.revistaenheduanna.com.mx/wp-content/uploads/2020/06/1592539197690_Manual-colectivo-versi%C3%B3n-para-impresi%C3%B3n..pdf>.

Comunizar, “Desobediencias. En la Patagonia argentina, la Comarca se mueve”, 2020, disponible en: <<http://comunizar.com.ar/desobediencias-la-patagonia-argentina-la-comarca-se-mueve/>>.

El Topil, “Resiliencia comunitaria ante la pandemia”, *Boletín de análisis y reflexión política El Topil*, mayo, 2020.

Enkis, Jorge, *La rebelión en cuarentena. Una guía anarquista de acción en tiempos de pandemia*, Santiago de Chile, Editorial SDA, 2020.

Esteva, Gustavo, “New Political Horizons: Beyond The “Democratic” Nation-State” (Nuevos horizontes políticos: más allá del Estado-nación “democrático”), *Beyond development*, septiembre, 2019, disponible en: <<https://beyonddevelopment.net/new-political-horizons-beyond-the-democratic-nation-state/>>.

_____, “El día después”, *La Jornada*, 6 de abril, 2020, disponible en: <<https://www.jornada.com.mx/2020/04/06/opinion/020a2pol?partner=rss>>.

_____, “La amenaza real”, *La Jornada*, 20 de abril, 2020, disponible en: <<https://www.jornada.com.mx/2020/04/20/opinion/022a1pol>>.

_____, “Contra las políticas del miedo, la construcción de la esperanza”, participación en el panel *The future of humanity and alternatives to capitalism*, en el Séptimo Foro Sur Sur sobre la Sostenibilidad, Hong Kong, 11 de julio, 2020.

Galindo, María, “Desobediencia, por tu culpa voy a sobrevivir”, *La Vorágine*, 26 de marzo de 2020, disponible en: <<https://lavoragine.net/desobediencia-por-tu-culpa-voy-a-sobrevivir/>>.

González Gómez, A. Elías; López Juárez, Wendy M.; Farías Magalón, Itzel; Agudo, Alfredo; Morales Toledo, Alfonso; Rangel López Azael; Gossner, Matthias, *Mirar con nuestros ojos*, Oaxaca, Ediciones Unitierra, 2020.

Holloway, John, “Estamos viviendo el fracaso del sistema capitalista”, *Comunizar*, mayo, 2020, disponible en: <http://comunizar.com.ar/john-holloway-estamos-viviendo-fracaso-del-sistema-capitalista/>

_____, “¿Qué hay en la situación actual que nos abra perspectivas hacia otro mundo?”, Curso La Tormenta, *Comunizar*, 2020, disponible en: <http://comunizar.com.ar/john-holloway-la-situacion-actual-nos-abra-perspectivas-hacia-mundo/>

Illich, Iván, *La alfabetización de la mentalidad. Un llamamiento a investigarla*, Cuernavaca, agosto, 1986. Título original: *A Plea for Research on Lay Literacy*, traducción de Leonor Corral, disponible en: <<https://es.scribd.com/document/306336830/Ivan-Illich-La-Alfabetizacion-Lega>>.

_____, “Necesidades”, en W. Sachs (ed.), *Diccionario del desarrollo. Una guía del conocimiento como poder*, PRATEC, Perú, 1996 (primera edición en inglés en 1992).

_____, “Desempleo creador (La decadencia de la sociedad profesional)”, posfacio a “La convivencialidad”, en Iván Illich, *Obras Reunidas I*, México, Fondo de Cultura Económica, 2006, pp. 481-530.

_____, “Iatrogénesis clínica”, en Iván Illich, *Obras Reunidas I*, México, FCE, 2006, pp. 541-561.

_____, “La muerte escamoteada”, en Iván Illich, *Obras Reunidas I*, México, FCE, 2006, pp. 676-704.

_____, *El mensaje de la choza de Gandhi*, Morelos, UAEM (Clásicos de la resistencia civil), 2014, disponible en: <https://www.uaem.mx/difusion-y-medios/publicaciones/clasicos-de-la-resistencia-civil/files/el_mensaje_de_la_choza_de_gandhi.pdf>.

_____, *Los ríos al norte del futuro: conversaciones con David Cayley*, México, Aliosventos, 2020.

Jappe, Anselm, Algunas buenas razones para liberarnos del trabajo, lapeste.org, 19 diciembre, 2017, disponible en: <<https://lapeste.org/2017/12/anselm-jappe-algunas-buenas-razones-para-liberarse-del-trabajo/>>.

_____, “La buena y la mala noticia”, documento en word.

Kurdistán América Latina, “Mujeres de Kurdistán llaman a redoblar la lucha contra la pandemia capitalista” 27 de abril, 2020, disponible en: <<http://kurdistanamericalatina.org/mujeres-de-kurdistan-llaman-a-redoblar-la-lucha-contr-la-pandemia-capitalista/>>.

Marinov, Georgi, “Coronavirus: Scientific Realities vs. Economic Fallacies”, *Scheerpost*, 20 de mayo, 2020, disponible en: <<https://scheerpost.com/2020/05/09/coronavirus-scientific-realities-vs-economic-fallacies/>>.

Mónaco Felipe, Paula, “Maíz por chatarra: lo que el coronavirus cambió”, *Pie de Página*, 30 junio, 2020, disponible en: <https://pie-depagina.mx/maiz-por-chatarra-lo-que-el-coronavirus-cambio/>

Ka' Kuxtal, “Plantas medicinales del pueblo maya en tiempos de COVID-19. Cuidar el sistema respiratorio y fortalecer el sistema inmunológico”, Ka' Kuxtal, Comunidades mayas, Los Chenes, Campeche, 2020, disponible en: <<https://www.educaoaxaca.org/wp-content/uploads/2020/05/Plantas-Medicinales-del-Pueblo-Maya-May20.pdf>>.

Prado Coelho, Alexandra, “What will we do if the system can no longer create jobs? An interview with Anselm Jappe”, 25 septiembre, 2014, disponible en: <<https://libcom.org/library/what-will-we-do-if-system-can-no-longer-create-jobs-interview-anselm-jappe-%E2%80%93-alexandra-p>>.

Preciado B., Paul, “Aprendiendo del virus”, *El País*, 28 de marzo de 2020, disponible en: <https://elpais.com/elpais/2020/03/27/opinion/1585316952_026489.html>.

Robles, Gil, Pedro Reygadas, “La dictadura consentida en la epidemia del miedo”, *Revista Mexicana de Orientación Educativa*, vol. XVII, núm. 38, enero-junio, 2020, disponible en: <https://drive.google.com/file/d/1GmbWVqj3_0C4EvvxEkFLJEWuux0ttUPd/view>.

Galeano P., María Adelaida, “Coronavirus: entre la crisis y la oportunidad” *Semillero de Investigación en Sociología del Derecho y Teorías Jurídicas Críticas*, 30 de marzo, 2020, disponible en: <<http://construyendootroderecho.blogspot.com/2020/03/>>.

Sousa Santos, Boaventura de, “La universidad pospandémica”, *Público*, Espejos extraños, 13 de julio, 2020, disponible en: <<https://blogs.publico.es/espejos-extranos/2020/07/13/la-universidad-pospandemica/>>.

The Conversation, “Los bulos de la pandemia: cuántos, cuáles, dónde, cómo y quiénes”, 22 de mayo, 2020, disponible en: <<https://theconversation.com/los-bulos-de-la-pandemia-cuantos-cuales-donde-como-y-quienes-139142>>.

Unitierra Oaxaca, “Contra la política del miedo, la construcción de esperanza. Información útil, cuidado mutuo, y sanación frente al covid-19”, 2020, disponible en: <http://unitierraoax.org/covid19-informacion-cuidado-sanacion/?fbclid=IwAR1CI61vxPK-deTUSvBuDnphy56cUX1VCKtnPTC54m_ot5OoCbblaQ_kk2Es>.

Zibechi, Raúl, “Los movimientos en la pandemia: el retorno a la vida sencilla”, *Comunizar*, mayo, 2020, disponible en: <<http://comunizar.com.ar/los-movimientos-la-pandemia-retorno-la-vida-sencilla/>>.

APÉNDICE 2

LISTA DE PARTICIPANTES

Abel Mendoza
Abraham Vallado
Adela
Agustín Bernal
Al-Dabi Olvera
Alan Aguilar
Alba Eugenia Vásquez Miranda
Alexa Valladares
Alfonsina Gregorio
Alonso Merino Lubetzky
Ana Estrada
Ana González
Ana Ortiz
Ana Sofía Ibarra Borja
Ana Yamile Ventura Gómez
Anael Olvera
Anaid González
Andrea Gómez
Andrea González Fernández
Andrea Lackner
Andrea Zaparrat
Andrés Suárez
Angélica
Antonio Bravo Avendaño
Areli Maceda
Ariana
Azael Rangel López
Benno Glauser
Berenice Buraieb
Braulio Hornedo
Carlos Esteva
Carlos Pérez
Cecilia Delgado
Cecy Carrasco
Christopher Mayorga
Claudia Jiménez
Daria Chernysheva
Diego García Rodríguez
Edna Garzón
Eduardo Enrique Aguilar
Elías González Gómez
Elizabeth Herrera
Emmanuel
Enriqueta Rincón
Estela Robles Yturbe
Etsa'an Aké
Eurias Casas
Eva Graciela Alvarado García Rojas
Fátima Chávez Miguel
Federica González
Fernando Castillo
Fernando Estrada
Fortunata Velázquez
Francisco Lona
Franco Augusto
Gabriela Esteva
Garrett Delavan
Goretti Manzano Buendía
Guadalupe Torres
Guillermo Reynoso
Gustavo Esteva
Gustavo León Medina
Hermenegildo
Ingmar Sau
Inna
Íñigo Crespo
Iras Fernández
Irene Ragazzini

Iris Fernández
Itzel Farías
Iván Meza Pérez
Iván Rodríguez
Janette Martínez Bretón
Jimena Antillón Barquera
Jonathan Rodríguez
José
José Escobedo
José Luis Huitrado Rizo
Josefina
Julio Chávez
Kathy Otto
Kelly Agudelo
Kristina Martínez
Lala Kafar-zade
Laura Salas
Lilia Morellos
Lorena
Lourdes Olguín
Luis Ángel Muñoz
Luis Rivero
Luz Estrello
Luz Lazos Ramírez
Manuel Monroy Correa
Manuel Ruelas
Marco Andrade
María Campero
María Gracia
María Morín
María Rosales
María Zarandona
Mariana
Mariana (Chihuahua)
Mariana Olivo
Mariana Ordóñez
Marina Serna
Mario Daniel
Marla Arce
Matthias Gossner
Mattia Favaretto
Mauricio del Villar
Mauricio Sandoval Cuenca
Melina Ramírez
Melisa Obregón
Meri Mononen
Milena del Pilar Cañón
Miriam Moramay Micalco Méndez
Mónica Salas
Nadia Galina
Nur Córdoba
Omar Xochihua
Pablo Lozano
Paulina Certucha
Pedro Agundez
Pedro Monque
Priscila Vaz
Rafael Con
Raimundo Esteva
Raquel González
Reyna Sosa
Rita Torres
Romina Beltrán
Roxana Abigail Montejano Villaseñor
Salvatore d'Auria
Samantha
Sara Botero
Seleste Posadas
Sofía Acosta
Sonia Romero
Sue Kasun
Tanya Kinigstein Pascoe
Tomás del Río
Vanessa
Victoriana Manuel Reyes
Violeta Palomares
Wendy López Juárez
Yazveth Saucedo

REPENSAR LA PANDEMIA

CONTRA EL MIEDO · LA ESPERANZA

Universidad de la Tierra Oaxaca
Noviembre, 2020



 unitierraoax.org

 Unitierra de Oaxaca

 @UnitierraOaxaca

 contactounitierra@gmail.com



CONTRA EL MIEDO • LA ESPERANZA



**ROSA
LUXEMBURG
STIFTUNG**



REPENSAR LA PANDEMIA

EDICIONES UNITIERRA